

JORGE ABELARDO RAMOS

**REVOLUCIÓN
Y CONTRARREVOLUCIÓN
EN LA ARGENTINA**

**LAS MASAS
Y LAS LANZAS
(1810 - 1862)**

La obra y el texto "la Pellicola y Pol de los Incaudados" solo en los fragmentos que hablan del Concilio en G. nen a la clase ganadera y a las fuerzas retardatarias, insisten en presentarnos el año 10 como la fecha nupcial de la joven Argentina con su amigo británico. Prefieren pasar por alto la lucha del partido morenista, no por breve y trágica menos significativa, y glorificar los acontecimientos de Mayo bajo el signo del librecambismo más puro. Al mismo tiempo, Ricardo Levene y sus acólitos, tan pudorosos de mezclar la historia con la política, han negado la autenticidad del "Plan de Operaciones".⁴²

Con criterio certero, Piñero, Puiggrós, Rosa y otros autores han demostrado, por el contrario, su completa legitimidad, y la mano de Moreno en su espíritu y en su texto. Sin este "Plan de Operaciones", elemento capital de la revolución sofocada, toda la cuestión de Mayo se vuelve indescifrable, planea en el aire y sólo se explicaría como producto de una alianza entre importadores porteños y exportadores ingleses. Es precisamente el propósito que guía a las apasionadas exégesis de los cipayos.

Moreno y el intervencionismo de Estado

El punto de vista de los revolucionarios de Mayo, expresado por Moreno en su "Plan", algunas de cuyas proposiciones se llevaron a la práctica, nace de una comprensión profunda de nuestra realidad. El destino de la revolución española era incierto. El Virreinato del Río de la Plata debía desenvolver su política con sus propias fuerzas. Pero en este inmenso territorio semidesierto, poblado de indios, gauchos, artesanos primitivos, inmensos rebaños de cabezas de ganado realengo y algunas pocas ciudades predominantemente comerciales, el puerto de Buenos Aires había venido a convertirse en la cabeza del movimiento comercial del Virreinato.⁴³

Su sistema económico reposaba esencialmente en la actividad de los comerciantes monopolistas españoles, en los criollos e ingleses ligados al contrabando y en los ganaderos que deseaban vender a Europa sus excedentes. No existía virtualmente burguesía industrial, ni capitales, ni técnicos para montar un aparato productor realmente nacional y poderoso. En tales condiciones Moreno concibió el "Plan de Operaciones". No se trataba tan sólo de un esquema de la defensa militar y política de la revolución. Implicaba ante todo una concepción económica de índole americana poseída de un carácter eminentemente creador.⁴⁴

En dicho Plan, Moreno propone expropiar a 5 o 6.000 personas pudientes (prestamistas, ganaderos, grandes comerciantes monopolistas) a fin de

42 Ricardo Levene, *Ensayo histórico sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno*, A. Martínez, Buenos Aires, 1925.

En esta obra, lo mismo que en los artículos publicados por Groussac en *La Biblioteca*, se desconoce la legitimidad del Plan. El propósito no es erudito, sino político. Disociar a Moreno del Plan es indispensable para despojar a la Revolución de Mayo de su carácter latinoamericano y subordinarla al librecambismo británico. Puiggrós, en la obra ya citada, deshace por completo la impostura seudocientífica.

43 Alberdi, ob. cit., p. 128.

44 En *Mariano Moreno y la revolución nacional*, Norberto Galasso analiza en detalle la significación del Plan de Operaciones (ob. cit., Coyoacán, Buenos Aires, 1963).

obtener un capital de 200 o 300 millones de pesos «que serían puestos en diferentes giros en el medio de un centro facilitando fábricas, ingenios, aumento de agricultura, etc.»

Una cantidad de 200 o 300 millones de pesos —decía— puestos en el centro del Estado para la fomentación de las artes, agricultura, navegación, etc. producirán en pocos años un continente laborioso, instruido y virtuoso, sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que necesite para la conservación de sus habitantes, no hablando de aquellas manufacturas que, siendo como un vicio corrompido, son de un lujo excesivo e inútil, que deben evitarse principalmente porque son extranjeras y se venden a más oro de lo que pesan.⁴⁵

Como vemos, lejos de soñar con un Estado modesto, desinteresado, "libre" y generoso, tal como convenía a los ingleses, Moreno proyectaba compensar la debilidad de las fuerzas económicas nacionales con el fortalecimiento del Estado, asignando a éste una función de empresa, de banquero y de industrial, con el fin de echar las bases para un capitalismo nacional todavía inexistente. La idea de expropiar las fortunas parasitarias no podía ser más audaz para esa época y su medio. Continúa siendo válida en nuestros días. Obsérvese que Moreno establecía expresamente la limitación de importar aquellas "manufacturas" de tipo suntuario, por las que tanta predilección sienten los núcleos oligárquicos de ayer y hoy.

Moreno prohibía en su "Plan" a cualquier particular explotar minas de plata o de oro, tarea que reservaba para la Nación y cuya violación se castigaba con la pena capital. Con el propósito de impedir la emigración de metálico, prohibía asimismo por el plazo de 15 a 20 años vender cualquier clase de establecimiento, salvo por causas bien claras para el Estado. Por otra parte quedaba vedado a los extranjeros, en virtud de la razón anterior, negociar con otros países sin intervención y control estatal, de donde se infiere que Moreno era un totalitario *avant la lettre*. Este conjunto de medidas permitiría al Estado, bien munido de fondos, «procurar todos los recursos que sea menester introducir, como semillas, fabricantes e instrumentos, y comenzando a poner en movimiento la gran máquina de los establecimientos para que progresen sus adelantamientos».⁴⁶

Moreno, adversario del librecambismo

Al mismo tiempo, nuestro joven jacobino propone el envío de agentes secretos al Brasil que, disfrazados de comerciantes, organizarán la insurrección de Río Grande primero y luego la de todo el territorio para incorporarlo al complejo político de la revolución haciéndoles «gustar de la dulzura de la libertad y derechos de la naturaleza», declarando simultáneamente la abolición de la esclavitud. Prosa rousseauniana a un lado, convengamos en que Moreno no era un contemplativo y que la "libertad", la "dulzura" y la "naturaleza" poseían para él un sentido bien específico.

45 Mariano Moreno, ob. cit., p. 297.

46 *Ibid.*, p. 301.

El problema. Actuar con los ingleses, pero intimamente desconfiar de ellos, sobre todo de los burocratas.

En el orden de la política estratégica, Moreno (ese mismo Moreno que los camafeos escolares nos presentan con el aire de un demócrata rooseveltiano) estimaba que convenía mantener temporalmente buenas relaciones con Inglaterra, ofreciéndole ventajas comerciales «aunque suframos algunas extorsiones»,⁴⁷ pues frente a la reacción absolutista que podía levantar cabeza en la España convulsionada, convenía apoyarse en alguna potencia extracontinental. No dejaba de observar, sin embargo, que Inglaterra es una de las naciones «más intrigantes por los respetos del señorío de los mares (...) por dirigirse siempre todas sus relaciones bajo el principio de la extensión de miras mercantiles, cuya ambición no ha podido nunca disimular su carácter»;⁴⁸ aunque señalaba también la conveniencia de indisponerla contra Portugal, para facilitar la maniobra de Buenos Aires de incorporarse Río Grande del Sur. Y este famoso "librecambista", ya en el poder, dirá en su "Plan" que era preciso acusar a las autoridades españolas y a Cisneros de «haber destruido la felicidad pública» al otorgar «franquicias del comercio libre con los ingleses, el que ha ocasionado muchos quebrantos y perjuicios».⁴⁹

En suma, Moreno planteaba una verdadera política revolucionaria, no porteña, como ocurrirá inmediatamente después de su caída, sino nacional americana. Moreno sostuvo el monopolio del comercio exterior, fundamental ayer como hoy para la defensa económica de un país semicolonial; el control de cambios y del tráfico de oro y divisas; la expropiación de las grandes fortunas improductivas y su utilización por el Estado para el desarrollo de la industria nativa, de la educación técnica, de la agricultura y de la navegación; el monopolio estatal de la industria minera; la expansión americana del movimiento revolucionario y la aplicación de medidas severas para exterminar los focos de la contrarrevolución.

Frente a todas las fuerzas regionales que pugnaban efectivamente por el comercio libre —ganaderos, importadores, exportadores y comerciantes porteños—, Moreno se levantó como la encarnación misma de la revolución continental que buscaba construir una nación con España, si era posible, y sin España de todos modos. De ahí que Moreno aparezca en nuestra escena histórica, al nacer los argentinos a la vida pública, como el teórico y el estadista del intervencionismo estatal, propulsor del capitalismo por métodos revolucionarios.

La caída de Moreno por obra de la tendencia saavedrista, cuya ideología liberal conservadora se adaptará perfectamente a las necesidades de la burguesía comercial porteña probritánica, cierra el capítulo auténticamente revolucionario de Mayo. El coronel Saavedra, militar cándido y engreído, obtuso y temeroso de Dios, dirá en una carta a Chiclana que «el sistema robesperiano que se quería adoptar en ésta, la imitación de la revolución francesa que intentaba tener por modelo, gracias a Dios que han desaparecido...».⁵⁰

Saavedra y su tesis es exacta de p' recibir la élite porteña probritánica. Aquí se describe de p' el personaje.

47 Ibid., p. 303.
48 Ibid., p. 302.
49 Ibid., p. 289.
50 Levene, ob. cit., II, p. 173.

La religión Saavedra - Rivadavia

San Martín estaba, por el contrario, muy lejos de esa aversión que Saavedra experimentaba hacia la figura del "Incorruptible" de la Revolución francesa, y que veía reencarnada en la figura de Moreno.

El organizador de la victoria de los Andes no era un liberal conservador de estirpe borbónica del género de Saavedra o Rivadavia, sino un revolucionario intrépido, educado en la tradición de 1789. Por esa razón pudo escribir a su confidente Guido:

Más vale andar con ojotas que el que nos cuelguen. En fin, amigo mío, todo es menos malo que el que los maturrangos nos manden, y más vale privarnos por tres o cuatro años de comodidades que el que nos hagan morir en alto puesto y, peor que esto, es el que el honor nacional se pierda. Hasta aquí llegó mi gran plan. Ojalá tuviésemos un Cristóbal o un Robespierre que lo realizase, y a costa de algunos años diese la libertad y esplendor de que es tan fácil nuestro suelo.⁵¹

¡Qué lejos se coloca este San Martín del héroe abstracto dibujado por los historiadores oficiales, o del varón antijacobino del revisionismo rosista!

Al caer Moreno, comienza la crisis monetaria. El gobierno de Buenos Aires, presionado por los ingleses y los comerciantes, autoriza en 1811 la libre exportación de oro y de plata amonedados. Esta medida no sólo descapitaliza al país, sino que eleva los precios de los artículos de consumo. Ya en el primer Triunvirato, cuyo inspirador es su secretario Rivadavia, heredero político del saavedrismo, se permitirá el ingreso al país del carbón europeo, se rebajarán los derechos aduaneros para los tejidos extranjeros y se abrirán las puertas de la Aduana a numerosos artículos que entraban en competencia ruinosa con los productos de nuestras industrias territoriales. Los comerciantes extranjeros eran, a su vez, igualados en derechos con los comerciantes criollos. Se sancionaba de este modo la preeminencia del capital comercial inglés sobre Buenos Aires y del poder económico del Puerto sobre el Interior.⁵²

La pandilla del barranco

Edificada sobre las barrancas que caían suavemente al río barroso, la pretenciosa ciudad era conocida desde los tiempos coloniales, en las cortes europeas, por el oficio predilecto de su "gente decente": el contrabando y su comercialización. Los burgueses de mostrador se destacaban por su habilidad para burlar las disposiciones fiscales y la prohibición de comerciar con extranjeros; sabían hacerlo tan bien como manejar fructuosamente la vara de medir. Toda esta clase mercantil, cuyos apellidos de campanillas resonarán incesantemente en nuestra historia política, habiase ganado en la Europa de comienzos del siglo XIX un mote muy significativo: se la llamaba la

51 "Carta a Tomás Guido", fechada en Mendoza el 14 de mayo de 1816, cit. en Eduardo B. Astesano, *La movilización económica de los ejércitos sanmartinianos*, El Ateneo, Buenos Aires, 1951, p. 92.
52 José María Rosa, *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*, Haz, Buenos Aires, 1954, p. 52.

una postal de Bs. As. 1830
límites sectorial comercial conurbado

“pandilla del barranco”. Curioso nombre, en verdad, que tan bien calzaba a la burguesía comercial de la naciente ciudad-puerto.

Santísima Trinidad de Buenos Aires era, en las primeras décadas del siglo, una desordenada aldea de calles sin empedrar, carente de arquitectura digna de mención, ceñida de quintas y envanecida por un patriciado comercial o ganadero de reciente cuño americano y de vagos cuánto pregonados orígenes peninsulares.⁵³ Los negros hormiguereros o pasteleros y las morenas lavanderas, que alegraban la costa munidas de sábanas de Irlanda, los artesanos de los más diversos gremios, esclavos en su mayoría, constituían en realidad la base social de la economía doméstica. Por las calles pantanosas veíase pasar a los vendedores de plumeros, generalmente de humilde color, a los afinadores de pianos, y también al viento reseco de la barbarie más temida por la sociedad porteña: a galope, y siempre de paso, algún gaucho misérrimo (pero con cabestro de plata) arrancado a la pampa o la pulpería de las orillas por algún azar, echaba sobre las parroquias céntricas su sombra dolorosa y siniestra.⁵⁴

Los señores distinguidos de la grey aldeana hacíanse acompañar por un esclavo y su farol. Construidas de barro, pero con grandes patios cubiertos de árboles añosos, las residencias contaban con habitaciones enormes, decoradas sobriamente, con la escasez de refinamiento que posteriormente asimilose a la virtud gentilicia: tiempo después de la Revolución de Mayo, las grandes familias adornaron sus hogares con toda clase de chirimbolos procedentes del mundo entero. A la severidad española, no perdida del todo, sucedió un afán de deslumbramiento que abrazó por entero a la sociedad porteña, embriagada de aspiraciones cosmopolitas. Así tuvieron su entrada, alrededor de 1830, en los hogares de pro, esteras de la India, delicados muebles norteamericanos, pianos franceses, cristales y relojes ingleses.⁵⁵ En muchos hijos de familias linajudas prendió el embrujo de Europa por medio de la “filosofía”, como llamábase genéricamente a las cosas del espíritu, o de las luces. Los libros sellaban el encantamiento: Leminier o Rousseau, los enciclopedistas o la conflagración romántica, el socialismo utópico, sus mitos ingenuos y, globalmente, la variada literatura histórica y política europea impregnaron de una coquetería nueva a la juventud y también la hicieron pensar en el país, aunque sin comprenderlo del todo. En ese cuadro nació la generación de Mayo, tan halagada como incomprendida por la posteridad.

Algunas familias porteñas se habían emparentado después de las invasiones inglesas con oficiales británicos, anclados definitivamente en el Río de la Plata. La afición por los extranjeros rubios estaba muy difundida en esa aristocracia mercantil de Buenos Aires, como la llamaría Rosas, cuyos intereses se fundían muy naturalmente con la metrópoli inglesa.⁵⁶ Un autor evo-

Los comentarios con británicos por invasiones inglesas por un
era actividad de familias británicas

53 Santiago Calzadilla, *Las beldades de mi tiempo*, Estrada, Buenos Aires, 1944, p. 10.

54 Un Inglés, *Cinco años en Buenos Aires*, Solar, Buenos Aires, 1942, p. 94.

55 Samuel Trifil, *La Argentina vista por viajeros ingleses: 1810 - 1860*, Gure, Buenos Aires, 1959, p. 58.

56 José Antonio Wilde, *Buenos Aires desde setenta años atrás*, Espasa Calpe Argentina, Buenos Aires, 1948, p. 154.

s/ los estímulos de los ingleses y su manejo de
los salones (cine) → lo mismo se dice con respecto a la
cará algunos de los salones de la época, presididos por las bellezas en boga. La señorita Melchora Sarratea «estaba tan bien enterada de los asuntos públicos y privados», que era «tenida como entusiasta partidaria de los whigs, el partido político liberal de las Islas Británicas». Como se ve, la señora Victoria Ocampo ha tenido distinguidas predecesoras. Ana Riglos, por su parte, perteneciente a la familia de don Miguel de Riglos, llamado “lord inglés” por sus amigos «era siempre la más cortejada en la tertulia y la más querida por la mayoría de los marinos ingleses. Pero, nadie manejó los negocios de Downing Street con mayor suceso y brillantez que lo hiciera Mariquita Sánchez, ejerciendo su diplomacia femenil en su espléndida mansión solariega en la calle Empedrados».

La Aduana ya daba varios millones de pesos en concepto de pagos de derechos. La clase comercial de Buenos Aires se capitalizaba rápidamente y nuevos refinamientos aparecían en la ciudad pampeana, que se elevaba como un faro de civilización a un paso del salvaje. Pianos y armonios ingleses se instalaban en los salones y animaban las tertulias. “Los ainglesados” formaban legión, las modas inglesas imperaban. Se bailaba mucho y bien: el minué, la contradanza española, la contradanza francesa, y también el cieli-to y la montonera. En los comedores y dormitorios aparecían lámparas con caireles de cristal de roca; las niñas se perfumaban con el agua de Murray y en los saraos se servían las comidas criollas en vajilla de oro china.⁵⁷ Los tenderos refinaban sus gustos.

PERO MIENTRAS LA POLÍTICA LIBRECAMBISTA ENRIQUECÍA A BUENOS AIRES, ARRUI-NABA EL INTERIOR DEL PAÍS; ENTRETANTO, SE ABRÍA UN ABISMO ENTRE LA CAPITAL Y LAS PROVINCIAS. Si Buenos Aires, Montevideo, Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes tenían costas marítimas o fluviales y productos para la exportación (cueros, tasajos, lanas), las provincias mediterráneas vivían únicamente de los recursos del mercado interno y de sus industrias territoriales, nacidas de la insuficiencia industrial española, que nunca había podido abastecer a las colonias americanas. Como el monopolio virreinal cerraba el paso a los productos ingleses competitivos, las industrias argentinas del interior florecieron.⁵⁸ Grandes sectores de nuestra población autóctona reposaban en esa producción industrial incipiente. Los vinos, aguardientes y frutas secas de Cuyo, los tejidos cordobeses, los minerales, algodones y ganados de Catamarca y La Rioja, los alcoholes, suelas y tejidos salteños constituían el fundamento económico de todo el interior argentino.⁵⁹ Pero la derrota de la tendencia revolucionaria morenista nacional en Buenos Aires y el pase del control gubernativo a manos del grupo comercial porteño originaron una caudalosa corriente de mercaderías inglesas que amenazaron las bases mismas de la economía provincial. En 1817 un periódico de Buenos Aires decía:

Des. la época virreinal, el importante desarrollo
industrial floreció. s/ todo se veía en salida al Río o al

57 Wilde, ob. cit., p. 82.

58 Ricardo Levene, *Investigaciones acerca de la historia económica del Virreinato del Río de la Plata*, Universidad de la Plata, La Plata, 1928, tomo XI, p. 129.

59 Juan Álvarez, *Estudios sobre las guerras civiles argentinas*, Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1938, 3ª ed., p. 24.

y la entrada de productos más baratos desde el extranjero. Esos ríos
vivían del consumo interno (interior interest): pape, cal, azúcar,
la lana, etc. deba - los productos pesados eran
producidos en el interior.

Un ligero conocimiento del país basta para comprender que dentro de muy pocos años de independencia más de 10 millones de sudamericanos se vestirán de efectos europeos (...) consta por un cálculo moderado que actualmente, unos con otros consumimos de 30 a 40 pesos anuales de aquellas mercaderías. Luego el consumo anual montará a 300 o 400 millones de pesos. Suma que en verdad espanta.⁶⁰

Pocas cifras nos mostrarán la esencia de las guerras civiles inminentes: un poncho inglés costaba 3 pesos; el mismo artículo elaborado en los telares criollos tenía un valor de 7 pesos. Si una vara de algodón británico podía comprarse por casi 1/4 de real, el producto provinciano resultaba a 2 3/4 reales. Los productos de las ferreterías de Sheffield, de las alfarerías de Worcester y Staffordshire y de los telares de Manchester inundaban irresistiblemente el mercado argentino, con la imitación exacta y estandarizada de los artículos criollos.⁶¹

Ya en el debate sobre librecambio y proteccionismo planteado por la consulta del virrey Cisneros en 1809, el síndico del Consulado, Yániz, en nombre de los comerciantes monopolistas españoles, considera puntos de vista que si bien eran esgrimidos en interés del monopolio, expresaban la indiscutible realidad económica del interior industrial.

Yániz argumentaba que

sería temeridad querer equilibrar la industria americana con la inglesa. Estos sagaces maquinistas nos han traído ya ponchos, que es el principal ramo de la industria cordobesa y santiagueña, y también se le ha asegurado al síndico que han traído estribos de palo dado vuelta a uso del país (...) Los pueden dar más baratos, y por consiguiente arruinarán nuestras fábricas y reducirán a la indigencia a una multitud innumerable de hombres y mujeres que se mantienen con sus hilados y tejidos, en forma que por dondequiera que se mire no se verá más que desolación y miseria.⁶²

La provincia-metrópoli

La oligarquía porteña podía disponer a su antojo de la dirección de la política económica, pues su poderosa palanca eran el puerto y la Aduana de Buenos Aires. Quien la controlara sería librecambista o proteccionista, abriría las puertas al asfixiante comercio extranjero o administraría las rentas aduaneras en beneficio de la nación entera. De ahí que el problema de la ciudad de Buenos Aires, de su puerto, su aduana y su crédito público, fuera señalado notablemente por Alberdi como la cuestión cardinal del destino argentino. Alberdi la resumía así: para poner en manos del virrey todos los recursos financieros y políticos del poder, el rey fijó la capital de su residencia en Buenos Aires, entregándole el gobierno de dos cosas diferentes: la provincia-metrópoli, o sea, de Buenos Aires y la ciudad de Buenos Aires unidas, y el cargo de virrey de todo el Virreinato.

60 Rosa, ob. cit., p. 58.

61 Álvarez, ob. cit., p. 25.

62 Rosa, ob. cit., p. 38.

situación geográfica clave del virrey, en el puerto, controlando el flujo y la renta. Bien malcontrolada u cierto modo.

Como la ciudad donde vivía el virrey era el único puerto de entrada y salida del territorio para el intercambio comercial, el virrey concentró en sus manos toda la renta derivada del puerto, el crédito y el tesoro público formado por ese movimiento de todas las provincias, que Buenos Aires fiscalizaba por su situación geográfica. De esta manera, la monarquía española se aseguraba de un golpe el control político general del Virreinato, agrupando en una sola mano todo su caudal financiero.

Así planteadas las cosas, según Alberdi, existían dos dependencias: una interior y doméstica de las provincias del país con respecto a la provincia-metrópoli. La otra era exterior del país entero, con respecto a España.

La esencia de todo el drama argentino (y la fuerza motriz de la balcanización de las provincias del Sur) fue, unida a la política británica, la siguiente, según escribe Alberdi:

Las leyes coloniales españolas, para hacer efectivo el monopolio de esa parte de América dieron por único puerto a todas las provincias del Plata la ciudad de Buenos Aires, en que residía el virrey general.

Esa legislación debía hacer de Buenos Aires la tesorería de todas las provincias argentinas, el día que la renta de aduana viniese a ser la principal renta general. Así sucedió y ese día llegó con la revolución de 1810 contra España. La revolución contra España, suprimiendo el Gobierno general del Virrey, residente en Buenos Aires, y dejando, por esa supresión, a las provincias aisladas para su gobierno interior, dejó a la provincia de Buenos Aires poseedora exclusiva y única del puerto, de la aduana y de la renta de todas las otras provincias argentinas, por todo el tiempo en que ellas estuviesen sin gobierno general y común.

Prolongar indefinidamente este estado de cosas, era equivalente a dejar en manos de Buenos Aires todos los recursos de los pueblos argentinos. La tentación era irresistible y Buenos Aires cayó en ella. Convertir esta prolongación en sistema permanente de Gobierno fue el pecado y la falta de Buenos Aires, no su invención. ¿Quién fue el primero que reconoció y se apercibió que ese estado de cosas constituía la fortuna local de Buenos Aires? Nadie: las cosas mismas lo dieron a conocer, y hace honor a Buenos Aires el que ninguno de sus hombres públicos hubiese tenido la idea de hacer una política de la falta de gobierno. He aquí el modo como Buenos Aires se apercibió de que ese desorden cedía todo en su provecho local exclusivo, aunque en daño y ruina de la Nación. Derrotada varias veces por las provincias litorales en sus luchas republicanas de supremacía política, Buenos Aires se encontró en sus derrotas y, a pesar de ellas, más fuerte y rica que sus vencedores y, naturalmente, a la cabeza de ellos.

Viéndose caer de pie en todas sus caídas, no tardó en apercibirse de que la causa de ese fenómeno consistía simplemente en que sus pies calzaban una plancha de oro, cuya gravedad bastaba para enderezar su cuerpo como por sí mismo, luego que sus vencedores la abandonaban caída en el suelo. Esa plancha de oro era el impuesto de aduana que todas las provincias vertían en su puerto.⁶³

La Revolución de Mayo, que asumió la soberanía popular en nombre del rey prisionero, y luego la independencia, en 1816, anularon la dependencia

63 Juan Bautista Alberdi, "Crisis permanente en las Repúblicas del Plata", en *Obras selectas*, Buenos Aires, 1920, tomo VII, pp. 137 y 138.

el monopolio con otros miembros y el comercio de Buenos Aires por eso promovió el comercio

60- en 1810/20 era claro que ya no había comercio

si no... para mantener a punto

Efectos de la Revolución de Mayo

Alberdi lo explica bien: Buenos Aires el puerto, controla todo, mismo el destino del país

y cuando se firmó, fue en 1811 y cuando B.A. se independizó en 1816 fue como...

No lo... la ley de...

Resumen de los sucesos de Buenos Aires y su vida económica desde su origen
exterior. Pero la interior, es decir, la sumisión de las provincias interiores con respecto al bloque provincia bonaerense-ciudad porteña, continuó. Destruída la política nacional de Moreno, que contemplaba los intereses generales, y entronizada en el gobierno de Buenos Aires la tendencia rivadaviana británica, la oligarquía porteña se adueñó de esa máquina virreinal. Usufructuó la provincia-metrópoli y negose a repartir las rentas aduaneras y el control político nacional con el resto de las provincias argentinas. Así nació la idea porteña de que la ciudad-puerto y la provincia bonaerense eran inseparables y que el producto de la Aduana pertenecía exclusivamente a Buenos Aires. Nadie pudo convencer con razones a estos nuevos virreyes de que la opulencia porteña y bonaerense se derivaba de rentas aduaneras que eran el fruto del intercambio engendrado por la actividad de todo el país. Instalada como un recaudador en las puertas del Plata, la oligarquía porteña se embolsaba la riqueza argentina.

Mientras Buenos Aires se perfumaba y bailaba el minué, el interior era reducido a la desesperación; diezmadas por las guerras de independencia, arruinadas por la invasión de mercaderías británicas y usurpadas sus rentas por la orgullosa metrópoli, las provincias argentinas se replegaron. Surgieron entonces jefes armados al mando de tropas irregulares que defendieron como pudieron "las autonomías" provinciales y resistieron la política absorbente de Buenos Aires. Los caudillos aparecieron cuando Moreno había dejado de existir y con él una política genuinamente nacional.

Así nació el "federalismo", resultado del despojo de la riqueza argentina por una sola provincia. El monopolio del rey fue suplantado por el monopolio de la oligarquía porteña. La metrópoli bonaerense hizo del país su propia colonia. Aludiendo a las maniobras oligárquicas para usurpar el poder nacional desde Buenos Aires, ya en 1810 Moreno había escrito lúcidamente sobre los fines que lo habían impulsado para convocar y constituir un Congreso constituyente, el mismo que los saavedristas y rivadavianos expulsaron:

La convocación del Congreso no tuvo otro fin que reunir los votos de los pueblos para elegir un gobierno superior de estas provincias, que subrogase al del Virrey y demás autoridades que habían caducado. Buenos Aires no debió erigir, por sí mismo, una autoridad extensiva a los pueblos que no habían concurrido con su sufragio a su instalación.⁶⁴

Esa fue la razón por la cual derribaron a Moreno los saavedristas y rivadavianos. Saavedra, Rivadavia y Mitre probarían el carácter antiargentino y antilatinoamericano de la burguesía comercial porteña, que es una sola y misma cosa.

La aparición histórica del gauchaje

El triunfo del librecambismo y la orientación oligárquica después de la caída de Moreno señalan la aparición histórica del gauchaje en nuestra vida

64 Mariano Moreno, ob. cit., p. 249.

origen del gaucho y el gauchaje (algunos dicen el Folclore)
política. Este hombre clásico de nuestras llanuras será el héroe central de la historia argentina. Por extensión, gaucho será desde las guerras civiles todo nuestro criollaje, esa aleación racial formada por el vástago de español y de indio, cuando no indio puro, que constituirá el tipo étnico fundamental del país, antes de complementarse con la irrigación sanguínea de la vieja Europa. En su remoto origen, el gauderio, predecesor del gaucho, nace en la infinita pampa.⁶⁵ El adelantado Pedro de Mendoza había arrojado a las praderas inmensas sus yeguas, que desaparecieron como tragadas por el desierto sin fin. Las siete vacas de la Conquista también se desvanecieron durante un siglo. Multiplicadas en la fertilidad de los pastos y las lluvias, la pampa fue un mar de cueros, la veta inextinguible de la ganadería.

El rey comenzó, en el principio del siglo XVIII, otorgando derechos de vaquerías a algunos beneficiarios. El ganado era hacienda cimarrona, sin dueño, y los hombres que merodeaban en la pampa carneaban una vaca para comer sin rendir cuenta a nadie. El sol y la lluvia, los animales cerriles y la holganza, el paisaje tremendo, la astucia derivada del conflicto con la naturaleza, la desconfianza y el desprecio hacia la ciudad febril y mercantil, la soledad, la fuerza y la destreza física que todo el medio le imponía hicieron del gaucho un admirable ejemplar humano. Conoció al caballo, libre como él, y lo hizo su lugarteniente y su camarada, su torre vigía, su carro de combate. Inventó sus armas, heredó otras del indio salvaje y se acopló a la naturaleza hostil hasta dominarla con una sabiduría que a los civilizados pareció milagrosa. Un viajero dice que «*sencillas, no salvajes, son las vidas de esta gente que no suspira*» de las llanuras.⁶⁶ La relación entre el hombre y la Naturaleza no estaba viciada de hipocresía social y se daba en forma pura; la majestad del escenario y el ocio lo inclinaron a la meditación poética, al proverbio y a la seducción de la música.

Darwin preguntará en Mercedes a dos hombres por qué no trabajaban: «*Uno me respondió, gravemente, que los días eran demasiado largos; y el otro, que por ser demasiado pobre.*»⁶⁷

Hasta que la Revolución de Mayo conmueve toda la estructura tradicional, el gauchaje había vivido bajo la divisa: "la pampa y las vacas para todos". La propiedad privada no tenía en los campos de Buenos Aires fronteras muy precisas; las alambradas no existían y la posesión efectiva de los ganados, aunque pertenecían a dueños nominales cuyos títulos eran herencia de viejos privilegios reales, rara vez se alcanzaba plenamente.⁶⁸

65 Horacio C. E. Giberti, *Historia económica de la ganadería argentina*, Raigal, Buenos Aires, 1954, p. 30. (Véase también Emilio A. Coni, *Historia de las vaquerías del Río de la Plata*, Madrid, 1930.)

66 Carlos Alberto Leumann, *La literatura gauchesca y la poesía gaucha*, Raigal, Buenos Aires, 1953, p. 206. (Véase en el apéndice de la ob. cit. la "Noticia histórica de los gauchos", un ejemplo de lo más notable escrito en el género.)

67 Carlos Darwin, *Diario de viaje de un naturalista*, cit. en VVAA, *El gaucho a través de los testimonios extranjeros (1773-1870)*, selección, prólogo y notas de Eduardo Jorge Bosco, Emecé, Buenos Aires, 1947, p. 30.

68 Álvarez, ob. cit., p. 68.

En estas condiciones, el gaucho era el señor de la pampa; desjarretaba una vaca cuando tenía hambre, vendía su cuero en la pulpería más próxima o lo cambiaba por los más indispensables artículos de consumo, sus "vicios".

Los más civilizados de estos seminómades se empleaban temporariamente en la yerra o esquila de las estancias o se dedicaban al contrabando. Concluida esa faena de ocasión, el gaucho siempre tenía a su inmediato alcance la carne asegurada, la pampa y su aventura oceánica.

El comercio libre destruyó el viejo estilo de vida del gauchaje. Miles de gauchos dedicados al contrabando fueron anonadados por el nuevo régimen legal. La dorada edad del cuero también tocaba a su fin. El desarrollo de la industria saladeril, que se expandió poderosamente con las facilidades de exportación, transformó a la carne vacuna en la parte más preciada del animal. La norma tradicional de sacrificar vacas libremente fue quebrantada; si antes de la Revolución el gaucho carneaba una vaca para comer y sólo existía la obligación tácita de entregar su cuero al propietario, la comercialización más completa del vacuno acarreo la situación que Juan Álvarez define así: «trabajar algunos meses en el saladero y comprar la carne que se pudiese, al precio pagado por los consumidores del extranjero».⁶⁹

El criollo pampeano se sintió acorralado por el hambre. El gobierno de Buenos Aires, cuyos descendientes históricos, como Güiraldes, escribirían un siglo después, desde París, sutiles evocaciones del gauchaje, dictó un decreto en 1812 declarando libre de derechos la exportación de carnes; simultáneamente fijaba un impuesto del 20% a la que se consumiese en el mercado interno. Una política semejante, que estrangulaba a los gauchos, no podía imponerse sin una acción represiva.

En 1815 aparece el famoso decreto sobre la "vagancia": todo individuo de la campaña que no fuese propietario, sería considerado sirviente y quedaba obligado a reconocer un patrón, que le otorgaría una "papeleta", a ser visada cada tres meses, bajo pena de ser considerado "vago".⁷⁰ Se consideraba vagancia transitar el territorio sin permiso del juez de paz. Como es lógico suponer, dicho juez era un agente de los ganaderos, propiciadores de la monstruosa ley. Los gauchos declarados "vagos" sufrían cinco años de servicio militar, o dos de conchabo obligatorio la primera vez y diez la segunda, en caso de no resultar aptos para las fatigas del ejército. Este decreto preparó la consolidación económica y política de la oligarquía bonaerense.

Amparados en la ley de la vagancia, los terratenientes acapararon las mejores tierras, usurparon los campos de los labradores empobrecidos que trabajaban más de 2.000 quintas productoras de trigo y otros cereales, y las transformaron en campos de pastoreo cercanos al puerto exportador. Muchos campesinos criollos, arruinados por la voracidad terrateniente, engrosaron las montoneras provincianas o se hicieron guerreros del ejército privado de Rosas, el gran estanciero que surgiría poco más tarde. Si esto último evitó la

69 Ibid., p. 73.

70 Véase Jacinto Oddone, *El factor económico en nuestras luchas civiles*, La Vanguardia, Buenos Aires, 1937, en que se estudian las relaciones entre la ley de vagancia y la guerra gaucha.

formación de montoneras en la provincia de Buenos Aires, fue porque la riqueza de la provincia-metrópoli permitió sostener en sus opulentas estancias a grandes peonadas y soldados, que usufructuaron a su modo la situación de privilegio que toda la provincia ejercía sobre el país agotado y hambriento.

La rebelión gauchesca

La carne tuvo un precio fundamentalmente determinado por el mercado exterior. El sacro Registro de propiedad de ganaderos terratenientes, con el poder político en sus manos, se irguió sobre la pampa, hasta ayer sin límites. Los otros gauchos, los criollos pastores del litoral, se organizaron en montoneras; también exportadora y librecambista, asimismo ganadera, esa región carecía del privilegio porteño de la Aduana y del movimiento comercial bonaerense; los estancieros litorales no podían mantener ni ejército de línea ni ofrecer un nivel de vida al gauchaje. La montonera, la guerra civil y el saqueo fueron el único recurso que los gauchos litorales encontraron para sobrevivir.⁷¹

El criollaje de las provincias mediterráneas, ahogado por la invasión comercial inglesa, que destruía sus industrias territoriales, y por la miseria fiscal del ferriño, en virtud de la absorción de las rentas nacionales por Buenos Aires, opuso sus lanzas a los ponchos ingleses y su federalismo a la prepotencia porteña. Todo el país se levantó para luchar.

¿Qué había ocurrido, al fin, en los primeros años de la Revolución de Mayo? Al resultar frustrada la tentativa revolucionaria nacional de Moreno, el partido morenista encontró un nuevo jefe en la persona de Bernardo Monteagudo. Acorralado por la fracción rivadaviana, fue desterrado y debió desplegar su genio como ministro de San Martín y de Bolívar. Cayó asesinado por la reacción de Lima.⁷²

Hacia 1814, con la caída de Napoleón la revolución liberal española agonizaba. Regresa al poder Fernando VII, anula todas las conquistas constitucionales del movimiento popular hispano y restaura la España negra, más cruel que nunca.⁷³ El destino de América se define y la independencia aparece como inevitable: es la independencia con respecto a la reacción feudal entronizada. Nace así a la vida política autónoma un inmenso continente socialmente inmaduro para ejercerla como un poder soberano.

Al no existir un foco económico centralizador en América hispana, una burguesía industrial capaz de congregarse férreamente los particularismos regionales, la nación latinoamericana tiende a disgregarse, siendo inútiles todos los intentos de San Martín y Bolívar por salvar la unidad en la independencia. La grandiosa posibilidad de la nación latinoamericana es ahogada y el siglo XIX asistirá a su trágica balcanización. Los distintos grupos económicos de las regiones se lanzan a su propia lucha, azuzados por Gran

71 Álvarez, ob. cit., p. 74.

72 Véase Bernardo Monteagudo, *Obras políticas*, La Facultad, Buenos Aires, 1916, p. 252; en especial, su *Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los estados hispano americanos y plan de su organización*, p. 76.

73 Palacio, ob. cit., p. 212.

La carne en 1810 era como la que ahora → eliminada al Perú

1812: poco es el bice de libertad de exp. sin restar el la carne, pero así se hizo: impuesto al consumo interior. A cual le crearon la carne la unían los criollos

no permitieron la exportación de la carne

Todo lo que se dejó de vender, fue porque la riqueza era tanta... además, reñid de vaca...

Acuerdos a la fábrica y a el ejército. El salero en un 7000 caso es el mismo: el

París de estancia ↓ Algunos libros como los ↓ Nación de Aniba y cond. y unta. Nació Abajo ↓ el país

op: cuando es ferriño cuando es ferriño. Antes San Martín a Bs AS

36 Antes el gaucho lo carneaba a la vaca y tenía libertad.

Bretaña, que verá en esa disgregación la mejor garantía de su dominación imperial. Una precocidad pérfida asociaba a la plutocracia norteamericana a esta tarea. Pues ya en los albores del siglo XIX los Estados Unidos puritanos y ahorristas que Alexis de Tocqueville observara entre admirado y desdén, desempeñaban un papel decisivo en las intrigas diplomáticas para la fragmentación de América Latina.⁷⁴ En las luchas que inmediatamente se suceden triunfan los sectores económicos regionales predominantes. En el Río de la Plata serán ganaderos y comerciantes.⁷⁵

Destruído el fundamento político peninsular en cuya llama ardiente se habían forjado, los hombres de la generación revolucionaria americana mueren, desaparecen, emigran o consagran su espada a la independencia continental, como San Martín, que niégase a intervenir en los conflictos interiores a punto de estallar. El poder político converge en las manos de los sectores económicamente consolidados de cada región. En Buenos Aires, la dictadura del puerto encenderá la guerra civil.

Desde el párrafo "Desde 1814 en adelante..."
 explica como se hizo la llama revolucionaria,
 se representa el continente, se apoderó
 de él. Y comienzan los guerras civiles
 internas. Algo así como q' con el
 advenimiento de la rep. unida y el
 fin del feudo rosado de Urre, la
 guerra de todos contra todos será inevitable
 San Martín, Bolívar, no hicieron nada.
 De ningún: volver a la independencia sin
 involucrarlos en los conflictos internos

Las masas y las lanzas

Los hermanos Robertson pertenecían a esa falange de viajeros ingleses que el Imperio derramó generosamente sobre el Nuevo Mundo; eran comerciantes, diplomáticos y espías, todo a su vez, el ojo viajero de una raza enérgica y experta. Sus recuerdos, memoriales e informes han permitido reconstruir el pasado argentino en detalles sugerentes que muchos hijos del país desdeñaron evocar, pues un pueblo sólo comienza a escribir memorias en su madurez histórica. Un día los hermanos Robertson llegaron a la tierra purpúrea y describieron irónicamente la persona del gran caudillo oriental:

VISION Europea de la figura de Artigas
 ¿Qué creéis que vi? ¡Pues al Excelentísimo Protector de la mitad del Nuevo Mundo, sentado en un cráneo de novillo, junto al fogón encendido en el piso del rancho, comiendo carne de un asador y bebiendo ginebra en guampa! (...) Tenía alrededor de 1.500 secuaces andrajosos en su campamento, que actuaban en la doble capacidad de infantes y jinetes.¹

Esta visión puramente europea y ahistórica de la originalidad nativa en las horas iniciales de un pueblo ya era inadecuada para los hijos de Albión: cuando todavía vagaban por las islas británicas bárbaros con hacha de piedra, los árabes habían recreado la matemática y la astronomía y los vástagos de la América desconocida concebían religiones solares, acueductos, artesañías, músicas y una literatura legendaria.

Si los ingleses así juzgaban la poderosa figura de Artigas, resulta inaudito que los propios latinoamericanos de la posteridad hayan adoptado los juicios de los mercaderes extranjeros que nos conocieron, y que la historia argentina, frente a sus caudillos populares, viva prisionera de las interesadas mistificaciones ajenas. Pero la noción misma de verdad es un producto variable de la historia en movimiento. Las clases sociales dominantes son las que imponen en cada época su regla de valores. Está muy lejos de nuestro ánimo ejercer el método de señalar los "errores" de apreciación en que incurren los historiadores de ayer y de hoy sobre la historia de los argentinos. Cada juicio transmite diáfano los intereses sociales y políticos de quien los expresa. De ahí la importancia que reviste describir con toda objetividad las opiniones de las diversas escuelas históricas, que son, en último análisis, escuelas de partido.

74 William R. Manning, *Correspondencia diplomática de los Estados Unidos concerniente a la independencia de las naciones latinoamericanas*, La Facultad, Buenos Aires, 1932.

75 Bernardo Frías, *Historia del general Güemes y de la provincia de Salta o sea de la Independencia argentina*, Rómulo D'Uva, Salta, 1973, tomo V, p. 26 y ss.

1 J. P. y G. P. Robertson, *Cartas del Paraguay*, cit. en José Luis Busaniche, *Estampas del pasado*, Hachette, Buenos Aires, 1959, p. 301.

Nos
 Adopta
 nos
 su visión
 lo cual
 es lo más
 visible

Estos
 lo q'
 Brinza tra
 Ta de 39
 con el 15/ los

¿Por qué no recordamos a nuestros "caudillos" y el término se nos resiente peyorativo?

La época de las masas y las lanzas abraza setenta años de nuestra historia, el ciclo capital de nuestras disensiones civiles. Observemos incidentalmente que nuestras "guerras civiles" lo son sólo hasta cierto límite. La participación en ellas de Buenos Aires, asociada estrechamente a los intereses extranjeros, confiere a estos conflictos un sentido que trasciende los marcos estrictamente internos. Preferiríamos llamar a estas luchas "guerras nacionales", tanto por sus participantes, como por sus fines.

En pocos momentos de la historia universal, que tantos héroes dramáticos ha proporcionado a la literatura, se encontrarán episodios más seductores y criaturas tan poseídas de *epos* novelesco como los que encierra nuestra propia historia. Sólo la paciente mediocridad oficial y sus medallones escolares han podido infundir a los argentinos desde su infancia una indiferencia tan profunda hacia el pasado de su pueblo como el que se advierte con toda evidencia en nuestros días. Esta opacidad requiere una explicación. Yacen razones profundas en ella, que surgirán naturalmente de este relato a su debido tiempo. La consideración oficial de la palabra "caudillo" la ha relegado a una sinonimia puramente injuriosa. Los héroes de las masas y las lanzas han sido lapidados por la oligarquía triunfante. Gauchos, caudillos y montoneros fueron degradados a la condición de ladrones de ganado, de meros delincuentes armados, indignos de análisis. Las arengas ecuestres de los próceres adictos bastaron para narrar una historia confusa y heroica, simplificada hasta el hastío con fórmulas en las que todo el mundo ha dejado de creer: barbarie o civilización, Mayo y Caseros, organización nacional o anarquía, libertad o despotismo.

Veamos por orden el juicio de la historia oficial y de sus variantes modernas. Para Mitre, el más importante agente de la oligarquía porteña, la historia no constituía una ciencia aérea sino una rama literaria de la política militante. En una carta a Vicente Fidel López decía:

Los dos, usted y yo, hemos tenido la misma predilección por las grandes figuras y las mismas repulsiones contra los bárbaros desorganizadores como Artigas, a quienes hemos enterrado históricamente.²

En cuanto a López, historiador de más amplio vuelo y vitalidad, porteno asimismo, escribía:

Los caudillos provinciales que surgieron como la espuma que fermentaba de la inmundicia artiguista, eran jefes de bandoleros que segregaban los territorios donde imperaban a la manera de tribus para mandar y dominar a su antojo, sin formas, sin articulaciones intermedias, sin dar cuenta a nadie de sus actos, y constituirse en dueños de vidas y haciendas.³

De las opiniones de Mitre y López se han nutrido la literatura histórica oficial, los textos de los tres ciclos de la enseñanza argentina y las cátedras

2 Vicente Fidel López, *Manual de la historia argentina*, Rosso, Buenos Aires, 1928, p. 243.
3 López, guiado por una total ceguera porteña, añade: «Artigas fue un malvado, un caudillo nómada y sanguinario, señor de horca y cuchillo, de vidas y haciendas, aborrecido por los orientales que un día llegaron hasta resignarse con la dominación portuguesa antes que vivir bajo la ley del aduar de aquel bárbaro» (López, ob. cit., tomo IV, p. 451).

El rol de Mitre respecto de la historia

Tamb. López, Historiador

La mirada eurocristiana de Juan B. Justo, que era socialista, se dirige a la de Mitre

de historia del Colegio Militar de la Nación; en cuanto al Colegio Naval, la formación histórica de los cadetes no hubo menester de textos ni de cátedras: hecho inaudito, carecen en sus programas de cursos sobre historia argentina. Ahora bien, los partidos políticos y tendencias políticas del país han vivido esclavizados de esta mortal leyenda. El doctor Juan B. Justo, fundador del Partido Socialista, escribió en "La teoría científica de la historia":

Las montoneras eran el pueblo de la campaña levantado contra los señores de las ciudades (...) pretendían paralizar el desarrollo económico del país y mantenerlo en un estancamiento imposible.⁴

Tal era el político científico, "maestro" del socialismo. Teórico de la antigua izquierda en el ciclo inmigratorio, Justo arrastró toda su vida el lastre positivista y su respeto por los hechos consumados. Adolecía de una incapacidad orgánica para entender a América Latina en toda su barbarie creadora y para emplear un método crítico capaz de develar el enigma de esa barbarie. Se había formado bajo la influencia dominante de las cooperativas belgas y del parlamentarismo inglés, de las vacas australianas y de los pollos yanquis, con un respeto reverencial a la estadística y un indisimulado desprecio por las razas oprimidas. Era un Kipling prosaico, un admirador pequeñoburgués del Hombre Blanco. Sus ideas históricas las tomó prestadas del mitrismo, como casi todos los partidos y tendencias políticas del país. Socialistas, stalinistas, radicales, liberales y hasta ciertos nacionalistas rindieron homenaje a esa convención inviolable que excluía a Mitre de las disputas históricas.⁵

Pero esta "incapacidad orgánica" de Justo para entender el país se derivaba de que las ideas dominantes de su tiempo estaban impuestas por la hegemonía angloporteña en el Río de la Plata.

Los comunistas de la Argentina, por ejemplo, serían inexplicables desde el punto de vista puramente político si se desconoce su posición ante la histo-

4 Juan B. Justo, "La teoría científica de la historia y la política argentina", en *La realización del socialismo*, La Vanguardia, Buenos Aires, 1947, p. 166.

5 El profesor José Luis Romero es un socialista de izquierda que asocia curiosamente su devoción por Juan B. Justo con la simpatía hacia la Revolución cubana.

En lo que respecta a su propio país, el profesor Romero es más moderado. Opina del pueblo armado de las provincias lo siguiente: «Para las masas populares, los intereses comarcanos constituyeron los únicos que adquirieron fuerza y realidad, y la idea de la nación que pesaba tanto sobre los hombres de Buenos Aires no surgió en su espíritu pese a los insistentes clamores de la capital. Y pronto, cuando apuntó la oposición entre la comarca y Buenos Aires, la nación pareció una mera superestructura creada por esta última para mantener sus privilegios. Esta estrecha concepción del patriotismo originó una tendencia localista y disgregadora que fue aprovechada con habilidad por los caudillos para asegurar su predominio, agitando la bandera de las autonomías locales contra la prepotencia de Buenos Aires». De modo que este izquierdista profesor toma partido por la burguesía porteña contra las masas del interior, por el Puerto contra la Nación, por el separatismo porteño contra la Unión Federal. (V. José Luis Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959, 3ª ed., p. 101. La primera edición de esta obra lleva fecha de 1946. Pero el profesor Romero no ha cambiado de opinión. En Cuba es castrista, y mitrista en la Argentina. Es un perfecto modelo universitario en el género, un izquierdista *for export.*)

Chileno
A J
Luis
Romero
de izquierda
en Cuba
Pero mitrista en Argentina

Continúa con los mitos de los caudillos. p.
Tiene un mirada "mitrista" del stalinismo.
Lo p. llamó al PC a apoyar a Braden en 1945.
ria nacional. Toda política es el coronamiento de una concepción total del país donde se aplica, la concreción actual de un pasado en ella implícito y en cierto sentido la continuación moderna de una lucha lejana. Si se desea saber, por ejemplo, cuáles son las razones fundamentales que movieron al Partido Comunista a sostener a Braden en 1945, será preciso conocer su opinión oficial sobre las montoneras criollas de hace un siglo, predecesoras naturales de los argentinos del siglo XX que intervinieron decisivamente en las jornadas de octubre de 1945. Juan José Real ha expresado la posición formal del Partido Comunista, o dicho en otros términos, la visión mitrista del stalinismo.

En su *Manual de historia argentina*, Real expone las ideas históricas oficiales del Partido Comunista. La identidad entre los stalinistas y el mitrismo es completa. Para Real el general Juan Bautista Bustos es un hombre "fatídico" (p. 138); en cuanto a la guerra civil del año XX,

el pueblo asiste indiferente y asqueado a estas luchas (p. 311); han errado los que han atribuido a los acontecimientos del año XX altas finalidades político-sociales y un contenido democrático popular que no tenían. Fue un episodio —nada glorioso, nada popular— de la lucha que se desarrollaba entre las fuerzas porteñas que habían luchado contra la Primera Junta... (p. 27).

Ridiculiza la magnitud de nuestras guerras civiles, y después de mencionar el número de combatientes de Ramírez y López (1.600 hombres), agrega:

A eso se reducían las famosas "masas" que tanto han dado que hablar en nuestra historia. Estas "masas" se irán achicando a medida que la guerra civil se desarrolle (p. 282).

En historia, como en política, el stalinismo persiste en no ver a las masas, ni en 1820, ni en 1945. Es una verdadera obsesión.⁶

A estos "marxistas" liberales se impone oponerles el pensamiento de Alberdi, un liberal del que pueden aprender mucho los verdaderos marxistas:

Los pueblos, en aquella época, no tenían más jefes regulares y de línea, que los jefes españoles. No podían servirse de éstos para hacerse independientes de España: ni de los nuevos militares que Buenos Aires les enviaba, para hacerse independientes de Buenos Aires.

Alguna vez, temiendo más la dominación de Buenos Aires que la de España, los pueblos se valían de los españoles para resistir a los porteños, como sucedió en el Paraguay y en el Alto Perú; y en seguida echaron a los españoles sin sujetarse a los porteños. Más de una vez Buenos Aires calificó de reacción española lo que, en ese sentido, sólo era reacción contra la segunda mira de conquista. ¿Qué hacían los pueblos para luchar contra España y contra Buenos Aires, en defensa de su libertad amenazada de uno y otro lado? No teniendo militares en regla, se daban jefes nuevos, sacados de su seno. Como todos los jefes populares, eran simples paisanos las más veces. Ni ellos ni sus

6 Véase Juan José Real, *Manual de historia argentina*, Fundamentos, tomo I, Buenos Aires, 1951. Asimismo, véase Álvaro Yunque, *Breve historia de los argentinos*, Buenos Aires, Futuro, 1957; apología stalinista del partido unitario.

los caudillos, como una reacción ante el doble dominio español y en todo y de 1820, el 1820. Era un modo de Al-berdi. Se dice que el origen de los soldados, improvisados como ellos, conocían ni podían practicar la disciplina militar. Al contrario, triunfar de la disciplina, que era el fuerte del enemigo, por la guerra a discreción y sin regla, debía ser el fuerte de los caudillos de la independencia. De ahí la guerra de recursos, la montonera y sus jefes, los caudillos; elementos de la guerra del pueblo; guerra de democracia, de libertad, de independencia. Antes de la gran revolución no había caudillos ni montoneras en el Plata. La guerra de la independencia los dio a luz, y ni ese origen les vale para obtener perdón de ciertos demócratas. El realismo español fue el primero que llamó caudillos, por apodo, a los jefes americanos en que no querían ver generales.

De izquierda a derecha, y en la práctica viva que no miente, la historia argentina resulta así polarizada en la literatura ultrajante fundada por Sarmiento. Los partidos de hoy reproducen la visión histórica de los partidos de ayer, fundados en las mismas clases sociales de la ciudad-puerto. Mitre, López, Juan B. Justo, los comunistas actuales, ninguno falta en este cuadro de unanimidad asombrosa. El panorama se completa si incluimos en él a un nacionalista protoporteño, admirador de Juan Manuel y de la cultura grecorromana. Héctor Sáenz Quesada describe así, irónicamente, el país

tal cual era: pampa y travesía; gauchos melenudos de pies de loro y plebe africana de goteras adentro; aldehuelas insolentemente erigidas en capitales de provincias; el General Peñaloza jugando al monte con sus coroneles echados sobre su poncho, y en el cuarto vecino, híjar por medio, su mujer y el chinerío, durmiendo la siesta en camisa; los Taboada, sobrinos de Ibarra, dueños de la única tienda de Santiago, impidiendo con las milicias que se instalen competidores; el tío analfabeto de Artigas peleándose borracho en las pulperías; Otorgué vejando a Montevideo hasta la desesperación; el capitán Guerra de Dolores, tendiendo el recado una noche bajo un algarrobo y despertándose al día siguiente sin percatarse que estaba en plena Plaza Mayor de La Rioja; el solazo, el viento, la sabandija, el mío mío, el desaliño, el degüello y el carcheo. Y la ciudad porteña, con vista al mar y a la civilización, defendiendo con su "gente decente", a pesar de todo, la cultura europea contra la guaraní, la quechua o la sudanesa...⁸

El fundamento profundo de esta coincidencia entre tendencias en apariencia tan dispares, debe buscarse en que el sistema oligárquico —de ayer y de hoy— encontró en la ciudad de Buenos Aires su plataforma material, su nexa con el capital extranjero y con su poderosa influencia cultural. La ciudad-puerto, desde los tiempos de la pandilla del barranco, concentró en sus límites la mayor parte de la riqueza y la cultura del país, del cual se nutría, y este hecho fue decisivo para la modelación de los partidos políticos y la falsificación de la historia. Foco de civilización vuelto de espaldas al país hambriento, Buenos Aires fue durante más de un siglo la Shangai, la Calcuta, Río o Saigón de América Latina, plataforma dilecta de los intereses antinacionales. Para perpetuar sus privilegios presentes, los partidos debieron modificar el pasado, y al difamar a las masas populares de ayer, justificar su aleja-

7 Alberdi, *Grandes y pequeños hombres del Plata*, ob. cit., p. 131 y ss.

8 Véase revista *Diálogo*, Buenos Aires, 1954.

con argumentos marxistas o liberais (lo mismo)
Las masas fueran heredadas del fecho histórico

miento de las masas populares de hoy; unos con argumentos liberales, otros con grotescas imitaciones verbales del materialismo dialéctico, pero todos unidos en el designio de proscribir de la vida histórica real a la multitud creadora. Ayer gaucha, montonera o "bárbara", luego simple peonaje realengo y hoy clase obrera industrial, esas masas populares argentinas reactuaron sobre la historia escrita y dejaron su marca en la historia verdadera, aquella que está por escribirse y que la inteligencia revolucionaria debe generalizar sin miedo en una nueva formulación que abraza al país desconocido.

Para describir la época terrible de las masas y las lanzas, revélase necesaria la exposición somera de la situación política por que atravesaban las viejas Provincias Unidas del Río de la Plata cuando la independencia las enfrentó a su nuevo destino.

Cómo escribían una Constitución los unitarios

El Congreso Nacional reunido en Tucumán en 1816 había declarado la independencia de las Provincias Unidas. La Santa Alianza levantó la cabeza con la caída de Napoleón; la restauración de Fernando VII señaló el triunfo de la España negra. La desarticulación producida en América Latina por las fuerzas centrífugas regionales ante la crisis del proceso revolucionario en España, hacía de la declaración de la Independencia un acto trágico e inevitable. Pero ni la Asamblea del año XIII ni el Congreso de 1816 habían resuelto el problema cardinal. Éste era, como hemos señalado, la cuestión del puerto, de la Aduana y del crédito público. Después de tres años de tumultuosas sesiones, durante las cuales se entrencharon tenazmente los intereses regionales irreconciliables, el Congreso reunido en Tucumán decidió trasladarse a la ciudad porteña. Esta medida obedecía al propósito de los ganaderos bonaerenses y de la burguesía comercial porteña de obtener una influencia decisiva en sus resoluciones. Se trataba de marcar con el sello de sus privilegios el espíritu y la letra de la futura Constitución.⁹

Durante nueve meses discutióse agriamente el texto que debía organizar la vida argentina. La Constitución del año 1819 fue el factor desencadenante de la crisis del año 20, que ya germinaba desde la caída de Moreno. El librecambismo ruinoso de los porteños, la política centralista que los rivadavianos llamarían "unitaria", y la posesión de las rentas en manos de Buenos Aires habían convertido la primera década posrevolucionaria en el prólogo de la guerra civil. La Constitución de 1819 le confirió un carácter oficial. Sancionado el 22 de abril, este documento era aún más antidemocrático que la antigua Ordenanza de Intendentes de la época colonial española: dejaba en manos de los directores supremos del Estado, radicados en Buenos Aires, una suma de poderes todavía mayor que la que detentaban los virreyes imperiales.¹⁰

Basta decir que los cabildos del interior carecían de facultades para designar las autoridades provinciales. Si éste era el rasgo político de la Cons-

9 Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Suelo Argentino, Buenos Aires, 1950, p. 304.
10 José Luis Busaniche, *Domingo Cullen*, Ferrari, Buenos Aires, 1939, p. 18.

El congreso de 1816 se reunió en Tucumán y el resto de las provincias de la zona del río de la Plata.

La Gaceta de Buenos Aires
y + no
el resto de 1819

titudin unitaria del año 19, su fundamento económico no hacía más que reafirmar la injusta exigencia de la ciudad de Buenos Aires, y de los comerciantes y hacendados en ella radicados, de mantener en sus manos exclusivas el control del puerto único, es decir, las palancas fundamentales de la renta perteneciente a todo el pueblo argentino.¹¹

La *Gaceta* de Buenos Aires expresaba editorialmente, el 15 de diciembre de 1819, la voluntad de la provincia-metrópoli de conservar el viejo privilegio real:

Los federalistas quieren no sólo que Buenos Aires no sea la capital sino que, como perteneciente a todos los pueblos, divida con ellos el armamento, los derechos de aduana y demás rentas generales: en una palabra, que se establezca una igualdad física entre Buenos Aires y las demás provincias, corrigiendo los consejos de la Naturaleza que nos ha dado un puerto y unos campos, un clima y otras circunstancias que la han hecho físicamente superior a otros pueblos y a la que por las leyes inmutables del orden del universo, está afectada cierta importancia moral de un cierto rango.

Y agregaba: "Mejore Acordó a San Martín y a Puyredón el 179 'La naturaleza y el orden de las cosas'"

Los federalistas quieren en grande lo que los demócratas jacobinos en pequeño. El perezoso quiere tener iguales riquezas que el hombre industrioso; el que no sabe leer, optar por los mismos empleos que los que se han formado estudiando; el vicioso, disfrutar el mismo aprecio que los hombres honrados.¹²

He aquí toda la doctrina de la pandilla del barranco.

El militar y el estanciero

En ese momento se desempeñaba como Director Supremo de las Provincias Unidas el general Juan Martín Pueyrredón, perteneciente al patriciado ganadero. Hombre acaudalado, Pueyrredón poseía vastas extensiones de tierras en la provincia de Buenos Aires e innumerables cabezas de ganado. El Director Supremo estaba estrechamente asociado al general San Martín, que representaba el jacobinismo revolucionario proveniente de la revolución democrática española (era su último representante en tierra americana), mientras Pueyrredón se había hecho intérprete ya de la campaña bonaerense. Dichos intereses comenzaban a eliminar de la política porteña cualquier otra consideración. San Martín encarnaba la ideología de toda la Revolución americana, en su condición de político militar desvinculado de los ganaderos y comerciantes. La crisis entre San Martín y Pueyrredón se plantea en 1819 —año decisivo—. Este desencuentro entraña el desgarramiento de aquella juventud continental vinculada a los revolucionarios españoles. Al fracasar la revolución democrática en España con la restauración de Fernando el Cretino, la independencia de América fue un acto defensivo ante la España negra.¹³

11 Mariano Pelliza, *Historia argentina*, Lajouane, Buenos Aires, 1889, tomo I, p. 225 y ss.
12 Álvarez, ob. cit., p. 38.
13 Ricardo Levene, *El genio político de San Martín*, Kraft, Buenos Aires, 1950, p. 116 y ss.

el último representante del jacobinismo revolucionario pertenecía a los ganaderos bonaerenses

era más centralizado que el virreinato; la parte del E. en manos del Director Superior que controlaba la parte.

la Gaceta de Buenos Aires el resto de 1819

Balcargos y fragmentos de don Balcarce y los intereses regionales.
La destrucción del foco de centralización nacional radicado en España abrió la era de nuestra balcanización. América Latina se fragmentó bajo la influencia de los intereses económicos regionales. Los estancieros del Plata y los comerciantes porteños se apoderaron del puerto y la Aduana, sucediendo en ese monopolio al rey; y se olvidaron de la patria grande. Pueyrredón vacilaba entre la extensión de la Revolución americana y los mezquinos intereses portuarios que volvían la espalda al continente. → se funda con sus

Los horrores de la guerra civil proyectaron su sombra amenazante: la Constitución unitaria engendraba el caudillaje y la montonera. Buenos Aires creaba la barbarie, la ciudad "unitaria" impulsaba el separatismo.¹⁴ Al no poder participar de las rentas nacionales, las provincias debieron aislarse para sobrevivir; impedidas por la prepotencia porteña de controlar el puerto nacional y frenar la ola de mercaderías extranjeras, las provincias levantaron aduanas interiores y protegieron así, con métodos "bárbaros", las industrias territoriales.¹⁵ El "federalismo" no reconoce otras causas. Buenos Aires convertiría esta palabra célebre en la piedra de toque de un malentendido secular.

La aprobación de la Constitución unitaria de 1819 originó la caída del director Pueyrredón. Nombrado Director Supremo el general Rondeau, su ministro de Guerra, el doctor Tagle, decidió utilizar las fuerzas del ejército sanmartiniano principalmente radicadas en Cuyo y el ejército del Norte dirigido por Belgrano, con el objeto de aplastar el levantamiento de los montoneros. Con sus caudillos al frente, las cohortes gauchescas se alzaron contra esa Constitución que tendía a perpetrar el monopolio porteño.

La resistencia de San Martín a "desenvainar su espada en nuestras guerras civiles" —mientras cambiaba secretamente correspondencia con los caudillos—, decidió al doctor Tagle a sustituirlo en el mando del ejército de Cuyo.¹⁶ Su reemplazante fue el general Marcos Balcarce.

Así se desinteresaban los agentes de la oligarquía porteña de la Revolución americana en Chile y Perú. Sin embargo, una partida de montoneros santafesinos pertenecientes a las fuerzas de Estanislao López apresó a Balcarce, permitiendo este hecho, nada fortuito, que San Martín tuviera tiempo de trasladarse a Chile. Salvó de este modo su ejército, sustrayéndolo al despotismo porteño para lanzarlo a la propagación de la Revolución latinoamericana.

Véase cómo uno de los historiadores argentinos más reputados, don Vicente Fidel López, juzga el episodio:

14 Ingenieros, ob. cit., p. 9.

15 Juan Álvarez, *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, Buenos Aires, 1910, p. 250: «Reapareció un pasado lejano. Volvieron las aduanas interprovinciales, y los derechos de tránsito, y volvieron los municipios a odiarse como se habían odiado en los primeros tiempos del coloniaje: no pudiendo vivir del tráfico exterior fuerza era volver a la explotación mutua. Prácticamente el comercio con Europa vía Buenos Aires quedó para Santa Fe tan dificultado como bajo Felipe II. Debíó popularizar a Artigas su decisión de comerciar con Inglaterra vía Banda Oriental (tratado de 1817)».

16 Levene, ob. cit., p. 123.

Todo era cuestión de aplazar el año la frenética ambición de expedicionar sobre el Perú, que lo devoraba. Con sus tropas unidas a las del ejército de Tucumán y a las de la capital, podría haber concentrado diez mil hombres sobre Santa Fe y Entre Ríos y ahogar en el Uruguay, entre la frontera argentina y las tropas portuguesas, todos los caudillos montoneros sin dejar uno solo capaz de caminar en dos pies.¹⁷

San Martín procedió justamente de manera inversa: mantuvo sus contactos con la montonera, en la que veía, con su fina intuición política, al pueblo en armas.

San Martín mantuvo incesante correspondencia con los caudillos. Rechazando las exigencias porteñas de batir a las montoneras, escribe a Artigas: «Mi sable jamás saldrá de la vaina por opiniones políticas». (Véanse testimonios de la admiración sanmartiniana por las virtudes militares de Güemes y Artigas en la obra de Levene.)

Estanislao López correspondía en los mismos términos a San Martín. Después de Guayaquil, retirado de la vida pública y residiendo en Mendoza, San Martín es objeto del odio del grupo rivadaviano. Con su esposa enferma, el triunfador de Maipo proyecta viajar a Buenos Aires. Estanislao López le escribe:

Sé de una manera positiva, por mis agentes en Buenos Aires, que a la llegada de V. E. a aquella capital, será mandado juzgar por el gobierno en un Consejo de Guerra de oficiales generales, por haber desobedecido sus órdenes de 1819 haciendo la gloriosa campaña de Chile, no invadir Santa Fe, y la expedición libertadora del Perú. Para evitar ese escándalo inaudito y en manifestación de mi gratitud y la del pueblo que presido, por haberse negado V. E. tan patrióticamente en 1820 a concurrir a derramar sangre de hermanos con los cuerpos del Ejército de los Andes que se hallaban en la provincia de Cuyo, siento el honor de asegurar a V. E. que a un solo aviso estaré con mi provincia en masa a esperar a V. E. en el Desmochado para llevarlo en triunfo hasta la plaza de la Victoria.¹⁸

Los generales se hacen caudillos

La desobediencia de San Martín garantizó la libertad de Chile y del Perú, y arrojó una significativa luz sobre el sentido profundo de nuestras guerras civiles. Su correspondencia con el caudillo Estanislao López, de Santa Fe, revela en todo caso que el libertador del Nuevo Mundo no veía en el caudillaje alzado la encarnación de fuerzas caóticas y diabólicas. Del mismo modo, sus juicios posteriores sobre Rivadavia y el clan unitario porteño indican que en el pensamiento sanmartiniano no se confundían el liberalismo de la Revolución hispanoamericana con el librecambismo rivadaviano y sus socios británicos. San Martín era el político continental de una gran nación posi-

17 López, ob. cit., p. 338.

18 Leoncio Gianello, *Estanislao López*, El Litoral, Santa Fe, 1955, p. 147.

ble. Rehusó poner su espada al servicio de los ganaderos y comerciantes de Buenos Aires y pagó esa decisión con su muerte política y militar.¹⁹

Años después, San Martín escribió al chileno Pedro Palezuolos:

Tenga usted presente lo que se siguió en Buenos Aires por el célebre Rivadavia, que empleó en sólo madera para hacer andamios para componer la fachada de lo que llaman Catedral, sesenta mil duros; que se gastaban ingentes sumas para contratar ingenieros en Francia y comprar útiles para la construcción de un canal de Mendoza a Buenos Aires; que estableció un banco en donde apenas habían descuentos; que gastó cien mil pesos para la construcción de un pozo artesiano al lado de un río y en medio de un cementerio público y todo esto se hacía cuando no había un muelle para embarcar y desembarcar los efectos, y por el contrario, deshizo y destruyó el que existía de piedra y que había costado seiscientos mil pesos fuertes en tiempo de los españoles; que el Ejército estaba sin pagar y en tal miseria que pedían limosna los soldados públicamente; en fin, que estableció el papel moneda, que ha sido la ruina del crédito de aquella República y de los particulares. Sería de no acabar si se numerasen las locuras de aquel visionario y la admiración de un gran número de mis compatriotas creyendo improvisar en Buenos Aires la civilización europea con sólo los decretos que diariamente llenaban lo que se llamaba Archivo Oficial.

Belgrano, por su parte, acató la orden del Directorio. Débil, bondadoso, más intelectual que soldado, este abogado que la Revolución hizo general, y que dio al país las grandes victorias de Tucumán y Salta, que carecía de camisas y hasta de comer algunos días, ya estaba enfermo de muerte. Al bajar con el Ejército del Norte para deshacer las montoneras litorales, sus fuerzas, compuestas de soldados gauchos, fueron presas de una rápida descomposición. Los oficiales, provincianos en su mayor parte, comprendieron las razones de la lucha y se negaron a intervenir en ella. El carácter sórdido de la política porteña no era un secreto para nadie. Todo lo porteño trasuntaba comercio, dinero, codicia. Era muy difícil que las tropas fogueadas en las guerras continentales fueran persuadidas por los porteños de que el peligro estaba en las montoneras, es decir, en sus hogares, sus aldeas, sus hermanos. De este estado de ánimo nació el motín de Arequito.

Al llegar a la posta así llamada, en los límites de la provincia de Córdoba, el general Bustos, jefe del Estado Mayor del Ejército del Norte, sublevó gran parte de las tropas con el apoyo de sus más destacados oficiales: el coronel Alejandro Heredia, el comandante José María Paz, el capitán Ibarra, que rehusaban plegarse a la guerra civil.²⁰

Heredia, más tarde gobernador de Tucumán por muchos años, sería el protector de Juan Bautista Alberdi, le enseñaría los primeros rudimentos de latín y le dispensaría una beca; su amigo, otro general llamado Juan Facundo Quiroga, donaría el dinero que al gobernador tucumano le faltaba para facilitar los estudios del talentoso joven Alberdi. Este último, en compañía de Marco Avellaneda y Marcos Paz, dedicaría en 1833 una "Corona Lírica" al

19 Levene, ob. cit., p. 161.

20 José María Paz, *Memorias*, Almanueva, Buenos Aires, 1954, tomo I, p. 164 y ss.

caudillo gobernador, considerado el mandatario más ilustrado de su tiempo. El bárbaro riojano pagando con sus onzas la educación del futuro autor de *Bases...*: este singular episodio fue desdeñado por Sarmiento en su mistificado *Facundo*. El otro sublevado de Arequito fue el comandante José María Paz. Entraría en la historia como el más notable estratega de su tiempo. Pero a lo largo de toda su vida se le reprocharía a Paz el "error de Arequito". En vano protestaría en sus eximias *Memorias* sobre las razones que en esa hora creyó válidas. Para vengarse de su talento, para remachar sus capitulaciones posteriores ante Buenos Aires, la oligarquía lo considerará "unitario", atribución errónea que en su momento examinaremos.

El motín de Arequito

El motín de Arequito no era producto de la iniciativa personal de Bustos, sino que reflejaba, como ya lo hemos indicado, la profunda desintegración del ejército frente al centralismo de Buenos Aires; así lo probaron los escuadrones del ejército de Los Andes acantonados en San Luis y San Juan, que se sublevaron simultáneamente.

Al frente de sus tropas, en Córdoba, Bustos fue proclamado gobernador de la provincia. En tal carácter convocó a una Asamblea de diputados provinciales, que al desconocer la Constitución aprobada en Buenos Aires, proclamaba:

Que como provincia soberana y libre no conocía dependencia ni debía subordinación a otra; que miraba como uno de sus principales deberes la fraternidad y la unión con todos y las más estrechas relaciones con ellos, en tanto que reunidos en congreso general se ajustaran los tratados de una verdadera federación en paz y en guerra a que aspiraba de conformidad con los demás pueblos.²¹

Sobre la personalidad del general Bustos han ofrecido Paz, Vicente Fidel López y otros, algunas precisiones, teñidas probablemente por las pasiones de la época. Dícese que no era un genio en materia militar; se distinguía por su pachorra vernácula, que para los porteños era materia de burla y no un resultado del atraso impuesto por Buenos Aires al interior. Aun los historiadores adversos reconocen que a pesar de todas las calumnias lanzadas contra el federalismo provinciano, en las cuales se incluyó a Bustos, resultó inocultable su apoyo a San Martín en la campaña del Perú.

López escribe que

aseguró su asiento con la parte del ejército acantonado en la ciudad, haciendo un gobierno autocrático, pero manso y bonachón en sus proceder, salvo algunos puntapiés o empujones, que era su manera habitual de corregir a los que le incomodaban, aunque fuesen sacerdotes.²²

21 Rolando M. Rivière, *El gobernador Juan Bautista Bustos*, Imprenta de la Universidad, Córdoba, 1958, p. 30.

22 López, ob. cit., p. 339.

Resumen de la crisis del año 20

Santiago del Estero encontró su caudillo natural en el comandante Felipe Ibarra, participante en el motín de Arequito y combatiente de las campañas de la Independencia.

«En Mendoza y demás pueblos — escribe el general Paz en sus Memorias — hubo también cambios de gobierno, reemplazando a los nombrados por el gobierno nacional, los elegidos por el pueblo.»

El mismo general Paz ofrece preciosos testimonios de las razones profundas del levantamiento de las masas:

Genl. Paz
justifica el
ef. de las
luchas
federalistas
(5 motivos)

No será inoficioso advertir — escribe — que esa gran facción de la República que formaba el Partido Federal no combatía solamente por la mera forma de gobierno, pues otros intereses y otros sentimientos se refundían en uno solo para hacerlo triunfar: primero, era la lucha de la parte más ilustrada contra la porción más ignorante; en segundo lugar, la gente del campo se oponía a la de las ciudades; en tercer lugar, la plebe se quería sobreponer a la gente principal; en cuarto, las provincias celosas de la preponderancia de la capital, querían nivelarla; en quinto lugar, las tendencias democráticas se oponían a las miras aristocráticas y aun monárquicas que se dejaron traslucir cuando la desgraciada negociación del príncipe De Luca.²³

En efecto, todo confluía para hacer del gobierno directorial de la ciudad de Buenos Aires el poder más impopular del país. Sobre la Constitución de 1819 Rivadavia había escrito desde Europa que había merecido «los unánimes elogios de los sabios». ¡Mal argumento para los caudillos!

Trata
y de
dirigible
al reino
de Portugal
Tugol
↓
sección
federalista

El Congreso unitario, en las manos firmes del doctor Tagle, hombre de la fracción rivadaviana antinacional, en pleno ejercicio de la diplomacia secreta, negociaba una alianza de las Provincias del Río de la Plata con el Reino de Portugal, contra España. Contemplábase en esas negociaciones la posibilidad de coronar como monarca de estas provincias al príncipe De Luca o anexar el territorio argentino al Imperio portugués. Debe tenerse presente, para apreciar bien el significado de esta política, que desde el siglo XVI hasta el siglo XX Portugal ha sido lugarteniente internacional del Imperio británico, cuya política disgregadora encuentra su mejor ejemplo en la escisión de la península ibérica.

Las tratativas de una solución monárquica o anexionista del destino común del pueblo argentino no pudieron ser mantenidas mucho tiempo; contribuyeron a extender una ola de indignación general en todas las provincias.

Al mismo tiempo, y como resultado de esta política, el Directorio porteño abandonó el destino de la Banda Oriental a las tropas portuguesas que luchaban contra Artigas. El gran caudillo oriental que al frente del gauchaje de las campañas había combatido la dominación española, enfrentábase así, simultáneamente, a dos fuerzas: el centralismo bonaerense, que lo obligó a levantar la bandera del federalismo para defender su patria grande, y las tropas lusitanas, que pretendían anexar la Banda Oriental al Brasil para controlar el Río de la Plata y el Paraná.²⁴

23 Paz, ob. cit., pp. 165-176.

24 Eduardo Acevedo, José Artigas, Barreiro y Ramos, Montevideo, 1933, p. 835.

50 BS AS. Abandona
a principios y sin efectos

Rivadavia elogios

1819

al Brasil

En la descripción de esta política porteña debe apreciarse brevemente su significado esencial: jaqueo a la Revolución americana encabezada por San Martín; intrigas y cabildos para instalar al príncipe De Luca en el trono del Plata; abandono de la provincia oriental al control británico-portugués para estrangular a Artigas; movilización de los ejércitos libertadores contra las provincias interiores sofocadas por la dictadura portuaria. Tales son los resortes decisivos de la crisis del año 20.²⁵

A la insurrección de las provincias ya citadas deben agregarse los acontecimientos de Tucumán: al alejarse el ejército de Belgrano llamado por el Directorio para aplastar a las montoneras del litoral, un terrateniente tucumano, don Bernabé Aráoz, al frente de las masas rurales, se levanta contra el centralismo portuario y es elegido gobernador de la provincia.

El mismo papel desempeña Güemes en Salta, que asociado a San Martín defendía el norte argentino contra la presión de las tropas españolas. Mientras Aldao se erigía en caudillo de Mendoza, don Estanislao López, al frente de sus montoneras, controlaba Santa Fe, y Pancho Ramírez ejercía su influjo en Entre Ríos y Corrientes, estos dos últimos como lugartenientes de Artigas, Protector de los Pueblos Libres. Corresponde observar, sin embargo, algunas diferencias que separaban entre sí a las provincias interiores y a sus caudillos representativos.²⁶

La dictadura del puerto único

Las montoneras —“gauchos que peleaban en montón”— aparecieron en los territorios litorales. Tanto el federalismo artiguista de la Banda Oriental como el federalismo de Estanislao López o Pancho Ramírez, no eran sino el acto reflejo de la absorción política realizada por los diversos gobiernos surgidos en Buenos Aires desde la Revolución de Mayo. El control de los ríos, el monopolio del puerto único, la confiscación de la renta aduanera que entraba en Buenos Aires y que pertenecía a todo el Virreinato del Río de la Plata, lesionaba gravemente los intereses de las provincias interiores.

Es preciso distinguir, no obstante, entre las llamadas provincias del interior y las provincias litorales. La Banda Oriental, Santa Fe, Entre Ríos y en cierto modo Corrientes, tenían con Buenos Aires un poderoso vínculo que era al mismo tiempo factor de disputa: las rutas fluviales que comunicaban a las provincias litorales con Buenos Aires y con el comercio exterior. La política de las fuerzas bonaerenses era discriminatoria. Utilizaban el puerto por derecho divino, despreocupándose del litoral. Esta actitud originó un movimiento de retracción y autodefensa de las provincias mencionadas, que levantaron la bandera del federalismo como divisa política para proteger con

25 Reyes Abadie, Bruschera, Melogno, *El ciclo artiguista. Documentos de historia nacional y americana*, Medina, Montevideo, 1951, tomo II, p. 523 y ss.

26 Diego Luis Molinari, *¡Viva Ramírez!*, Coni, Buenos Aires, 1938, p. 27 y ss. (Véanse Leandro Ruiz Moreno, *El general Don Francisco Ramírez*, Nueva Impresora, Paraná, 1955, p. 125; y Santiago Moritán, *Mansilla, Ramírez, Urquiza*, Peuser, Buenos Aires, 1945, p. 128.)

Las peñas del litoral vs. BS AS

front del litoral, del puerto fluvial

La se libera al mar, el federalismo

las armas su modo de existencia. Debe tenerse en cuenta que la región del litoral se caracteriza por sus llanuras óptimas para la producción ganadera, ligadas a vías navegables con salida al Atlántico.

El Río de la Plata —escribe Juan Álvarez— es la arteria por donde se comunican con Europa enormes zonas de territorios brasileños, bolivianos y paraguayos, además de las provincias argentinas de Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe. Sujetar los productos de tan inmensa región al puerto único de Buenos Aires —desprovisto en aquella fecha de muelles y hasta de aguas hondas— era empresa que sólo por la fuerza podía imponerse, y en efecto, sólo duró lo que el éxito de las armas que la afianzaron.²⁷

Debe establecerse como verdad incommovible que el llamado federalismo de las provincias litorales, incluida la Banda Oriental, nació como consecuencia directa del centralismo porteño, fuerza motriz del enervamiento y desintegración del antiguo Virreinato del Río de la Plata.

Desde el punto de vista puramente económico, he aquí una descripción elocuente del antagonismo entre Buenos Aires y el interior:

La revolución y la emancipación política habían producido irreparables pérdidas al interior. Fue imposible, por ejemplo, revivir el tráfico de mulas que se realizaba entre el litoral y Perú, o restablecer el comercio con Bolivia, Chile o Perú en su nivel prerrevolucionario. Las provincias podían ejercer cierto grado de fiscalización de los mercados internos. Podían reducir al mínimo el impacto de las importaciones sobre las industrias vernáculas y realizar de este modo un ajuste ordenado de la estructura económica. En las industrias de vino y cognac de Tucumán y las provincias de Cuyo, las fábricas de artículos de cuero de Santiago del Estero y Córdoba, la industria textil de Córdoba y finalmente en las industrias de artesanía, en todos esos sectores de la economía nacional una política de protección podría mitigar al menos el proceso de la declinación económica. Esta política, suponiendo que fuera de alcance nacional, no sólo podría salvar de la ruina la industria nativa, sino también permitir una gradual modernización de los equipos industriales del interior. Porque era razonable suponer que teniendo los beneficios asegurados las industrias locales estarían en condiciones de buscar con buen éxito los recursos monetarios y el personal técnico necesarios para elevar el nivel de la producción industrial. La protección haría subir indudablemente el precio de los artículos de consumo, pero también provocaría un cambio en la distribución de los ingresos nacionales favorables al interior, logrando de ese modo una economía nacional más equilibrada. Pero una política comercial proteccionista en escala nacional era irrealizable, precisamente por las mismas razones que condujeron al interior a solicitarla. El dominio por parte de Buenos Aires del puerto marítimo del país fue el factor decisivo. Buenos Aires sólo aceptaría el proteccionismo con la condición de que ella saliera ganando con la medida tanto como el interior. Pero eso estaba descartado. De todas las provincias de la Confederación, Buenos Aires era la que menos interés tenía en alentar una política comercial restrictiva.²⁸

27 Álvarez, ob. cit., p. 46.

28 Miron Burgin, Aspectos económicos del federalismo, Hachette, Buenos Aires, 1960, p. 164 y ss.

Los caudillos, expresión política de las masas de la campaña, se transformaron en generales. Y los antiguos guerreros de la Independencia, de regreso a la tierra natal, se convirtieron en caudillos de sus provincias respectivas. La leyenda de su barbarie no ha resistido el análisis, aunque sus triunfos militares fueron simétricos a su muerte literaria, consumada por la pluma del unitarismo rivadaviano o mitrista, generalmente a sueldo de las escuadras extranjeras o de los tenderos enriquecidos de Buenos Aires. Por eso José Gervasio de Artigas ha sido estigmatizado en nuestra literatura histórica como la encarnación del salvajismo gaucho. Al frente de los peones y gauchos de la provincia oriental se levantó para resistir con las armas en la mano, primero a los españoles, luego a los portugueses y al mismo tiempo a la burguesía comercial del puerto de Buenos Aires y Montevideo, compuesta en su mayor parte de extranjeros. Consideróse siempre como un caudillo argentino. Su grandioso papel será examinado en las próximas páginas.

Pancho Ramírez, Supremo Entrerriano

El general Francisco Ramírez, por su parte, era descendiente del marqués de Salinas, don Juan Ramírez de Velasco, conquistador y fundador de ciudades, gobernador de Salta y Tucumán.

“Cabalgador mancebo”, con la sangre guaraní dibujándole el rostro anguloso y viril, montado con gracia nativa en un alazán hermosamente puesto, Ramírez no era justamente el “bárbaro” de la leyenda porteña. «No fue Ramírez —escribe un cronista— un “aprendiz de carpintero”, como dijo Vicuña Mackenna, ni “chusquero”, como afirma Andrade, y mucho menos “caudillo bárbaro”, según expresión de López; fue un caudillo caballeresco, capaz de concebir ideas y desarrollarlas; organizador por instinto, se recomienda en la historia de nuestra revolución social como el caudillo de más carácter y disciplina en su ejército.»

Casada en segundas nupcias, su madre alumbró a sus medios hermanos; uno de ellos, José Ricardo López Jordán, su compañero de empresa y padre del que fuera más tarde Ricardo López Jordán, el sucesor de Urquiza en el federalismo entrerriano.²⁹

Ramírez participó en las luchas por la Independencia junto al general Rondeau y como auxiliar del ejército de Belgrano en su campaña del Paraguay. Transformado en jefe de la provincia de Entre Ríos, toda ella bajo la influencia artiguista, abundante en ganadería y asfixiada por el monopolio bonaerense, Ramírez organiza un gobierno regular en medio de una inaudita penuria de medios que la rica provincia de Buenos Aires no había conocido nunca.³⁰

Sus cualidades militares han sido juzgadas por una autoridad inapelable. El general Paz afirma en sus Memorias que

no está de más advertir que el Gral. Ramírez fue el primero y el único entonces de esos generales caudillos que había engendrado el desorden que pu-

29 Moritán, ob. cit., p. 116.

30 Ibíd., p. 130.

so regularidad y orden en sus tropas. A diferencia de López y Artigas estableció la subordinación y adoptó los principios de la táctica, lo que le dio una notable superioridad.³¹

En lo que atañe a López, carecía de sangre aristocrática, lo que no lo hacía mejor ni peor. Estaba íntimamente asociado a la lucha contra los indios en la frontera del norte santafesino. Fue soldado de Belgrano en el Cuerpo de Blandengues que estuvo en el Paraguay, aprendiendo luego por sí mismo, en numerosas campañas, los secretos y trucos de la guerra civil. Su prestigio en los puestos militares de Santa Fe lo llevaron a ejercer patriarcalmente el gobierno de la provincia desde 1819. Guerrero nato, Julio Irazusta le atribuye el perfeccionamiento técnico de la guerra gaucha, mediante la invención de la infantería montada, guerra que, como ya se ha dicho, es prototípica de los países escasamente desarrollados y que fue la expresión del pueblo en armas.³²

La similitud de las condiciones económicas y geográficas de las provincias del litoral con la de Buenos Aires, establecía desde su origen una diferencia con la situación de las provincias mediterráneas. Para Entre Ríos, Santa Fe y Buenos Aires, por ejemplo, los intereses ganaderos dictaban una política librecambista. La divergencia del litoral con Buenos Aires radicaba en que la ciudad porteña pretendía apropiarse en su exclusivo beneficio del comercio exterior y los beneficios de la Aduana nacional situada en Buenos Aires.³³

Con esas rentas, Buenos Aires sostenía una flota de guerra para estrangular el río y un ejército de línea bien equipado para enfrentar al litoral embravecido. Esta última región (y bien lo veremos a lo largo de 70 años) oscilaba continuamente entre el interior y Buenos Aires, a la que amenazaba con plegarse a provincias mediterráneas en un frente nacional, si los porteños no le otorgaban ventajas especiales. Según lo demostrarían los acontecimientos posteriores, el litoral practicará siempre una política oportunista y traicionará al interior en cada momento decisivo: Ramírez, López, Urquiza.

Antagonismos entre el litoral y el interior

Las provincias mediterráneas, en cambio, no tenían productos exportables. Combinaban una próspera manufactura con la economía natural. Co-

31 Paz, ob. cit., tomo I, p. 179.

32 Julio Irazusta, *Ensayos históricos*, La Voz del Plata, Buenos Aires, 1952, p. 101.

33 Theodorick Bland, norteamericano, informaba a su gobierno en 1817: «Si observamos la situación de los pueblos de la unión y las diversas vías de comunicación que los ligan por tierra o por agua, resultará la ventajosa posición de Santa Fe como puerto de entrada y depósito para todo el país hacia rumbos Oeste y Norte. Con tales ventajas había empezado a funcionar y el comercio afluía allí. Pero Buenos Aires se interpuso y declaró que ningún tráfico podía hacerse por Santa Fe sin haber seguido la vía de la misma ciudad de Buenos Aires. Tan odioso e injusto monopolio debía sublevar el espíritu del pueblo y constituir una prueba de la verdad de los principios sostenidos por Artigas. Por lo tanto, resolvió desligarse de Buenos Aires y actualmente figura como aliado de Artigas».

mo lo hemos indicado en el capítulo precedente, las artesanías e industrias domésticas constituían ya durante la época colonial el fundamento económico de las provincias interiores: olivares y minerales en La Rioja, los vinos de Cuyo, la elaboración del cuero en Corrientes, los tejidos cordobeses, las sedas y tejidos de Salta, etc., requerían una legislación protectora, capaz de amparar y propulsar el desarrollo de la producción artesanal incorporándole todos los adelantos técnicos.

El antagonismo entre las provincias litorales y mediterráneas constituyó uno de los factores del predominio ulterior de Rosas, que supo apoyarse alternativamente en unos y otros caudillos, según las regiones que representaran. En el año terrible, la política despótica de Buenos Aires no podía soportarse un día más. La crisis va a estallar. Todo ese año gira alrededor de la lucha contra Artigas y el artiguismo, el más temible enemigo de la burguesía porteña. El programa de la confederación sudamericana y el caudillo que lo sostenía dominan la primera década revolucionaria.

Este antagonismo por abundancia + Aduana, y también una línea de negocios alternados

Este punto explica la posición de los países limítrofes y cómo se relaciona con el comercio exterior. En ese corredor no existen productos de exportación. Los acontecimientos de esa época...

Artigas y la nación en armas

*A Alberto Methol Ferré,
Carlos Real de Azúa, Vivian Trias, José Claudio Williman
y Washington Reyes Abadie*

El eclipse de los grandes revolucionarios latinoamericanos del siglo XIX no pudo ser más patético. Sólo es comparable al silencio posterior que sepultó sus actos. Bastará indicar que Bolívar, habiendo concebido la idea de crear una gran nación, desde México al cabo de Hornos, concluyó dando su nombre a una provincia y, para condensar más aún el infausto símbolo, murió vencido en su propia aldea.

Abandonado por el gobierno de Rivadavia, San Martín renuncia a completar su campaña continental y se retira de la vida pública. Olvidado, muere en Francia treinta años más tarde. En el caso de Artigas, la ironía se vuelve más trágica y refinada aún. Desde hace un siglo, su estatua evoca a un prócer del Uruguay. Había luchado por la Nación y la posteridad le rinde tributo por haber transfigurado la Nación en provincia y la provincia en Nación. Su carrera se despliega en sólo una década, y agoniza en el desierto paraguayo, en la soledad más total, a lo largo de otras tres. Se trata de la víctima más ilustre de una impostura porteña a la que es preciso poner término, pues alude a un hombre clave de nuestra frustración nacional.

El derrumbe del Imperio español arrojó a la historia mundial a las semidormidas colonias americanas. Por todas partes brotaron los doctores de Chuquisaca, los hijosdalgo iluministas, los tenderos, gauchos, soldados o hacendados que descubrieron una patria inmensa y una época digna de ella. Bolívar abandonó los salones de la Europa galante para empinarse en el Janículo y jurar desde la colina romana la libertad del Nuevo Mundo. El primero de los unificadores, Miranda, embriagado por el Himno de los Ejércitos del Rin, desembarcó en las costas venezolanas para blandir una nueva bandera. San Martín peleó con los franceses en Bailén, y se lanzó enseguida al océano para defender la revolución que, vencida en España, se afirmaba en América. Moreno leía a Rousseau para concebir luego la estrategia jacobina del "Plan de Operaciones". En la Banda Oriental, en fin, aparecía José Gervasio de Artigas, de antigua y linajuda familia, hacendado y oficial de Blandengues, ese cuerpo armado del paisanaje que la guerra de fronteras forjó en la lucha contra el indio.

*10/10 El destino trágico de
Artigas y la revolución de independencia*

La singularidad de Artigas reside en que fue el único americano que libró en el Río de la Plata casi simultáneamente una lucha incesante contra el Imperio británico, contra el Imperio español, contra el Imperio portugués y contra la oligarquía de Buenos Aires.¹

Esta rara proeza no agota su significado. Obsérvese que es Mariano Moreno el primero que llama la atención en documentos oficiales sobre la valía militar de Artigas, ya reputado en la Banda Oriental desde los tiempos de los españoles. Su base social es la campaña oriental, de donde nace, en la sociedad primitiva de la Colonia, una especie de aristocracia del servicio público, según la calificación del historiador inglés John Street, formada por «las familias de los primeros pobladores, cabildantes, estancieros modestos y soldados». Los estancieros apoyaron inicialmente a Artigas, dice Real de Azúa, para «resistir a los pesados tributos exigidos por Montevideo para la lucha contra la Junta de Buenos Aires; evadir la nueva “ordenación de los campos” y la revalidación de los títulos que las autoridades españolas pretendían imponer».²

Su más ancha base, que se hundía en las profundidades del pueblo oriental, estaba constituida por los gauchos, peones, indios mansos y el mundo social agrario que la acción de los Blandengues de Artigas había defendido de las depredaciones de los bandidos, «vagos, ladrones, contrabandistas e indios Charrúas y Minuanes», que infestaban la campaña oriental, según diría el diputado por Montevideo a las Cortes de Cádiz, exaltando la figura de Artigas en España. Pero su marco histórico es el movimiento de nacionalidades típico del siglo. Artigas pertenece a la generación revolucionaria de San Martín y Bolívar.

La desarticulación del Imperio español libró a sus solas fuerzas a las provincias ultramarinas. Sus jefes más lúcidos se propusieron conservar la unidad en la independencia, asumiendo la idea nacional que los liberales levantaban sin éxito en la España invadida. Los americanos reaccionarios combatieron junto a los godos contra nosotros, y con nosotros usaron las armas los españoles revolucionarios que vivían en América. Tal fue el dilema. A diferencia de San Martín, que se asignó la misión de extender la llama revolucionaria a través de los Andes y sólo le cupo luchar contra los realistas, lo mismo que Bolívar y Moreno, Artigas se erigió en caudillo de la defensa nacional en el Plata y al mismo tiempo en arquitecto de la unidad federal de las provincias del Sur. Defendió la frontera exterior, mientras luchaba para impedir la creación de fronteras interiores. Fue, en tal carácter, uno de los primeros americanos y, sin disputa, el más grande caudillo argentino.

En este hecho reside todo el secreto de su grandeza y la explicación de su “entierro histórico” —según las palabras de Mitre—. Cuando Buenos Aires sustituye a España en la hegemonía sobre el resto de las provincias, todas ellas se levantan contra Buenos Aires. Pero de todos los caudillos es Artigas el que más hondo y lejos ve el conjunto de los problemas históricos en

1 Véase Emilio Ravignani, *Historia constitucional de la República Argentina*, Peuser, Buenos Aires, 1926.

2 Carlos Real de Azúa, *El patriado uruguayo*, Asir, Montevideo, 1961, p. 18.

Arriba: «El juego de la historia sería en cierto modo reescribir la historia argentina y, por ende, reescribir este libro, pues también nosotros hemos pagado tributo a la falsía de nuestro origen y también nosotros, víctimas solidarias de la balcanización, hemos “balcanizado” a Artigas, amputándolo de nuestra existencia histórica para confinarlo a la Banda Oriental.

Entre Mitre y López, las dos figuras mayores de la historia oficial, han hecho del Artigas histórico lo mismo que la burguesía porteña logró hacer con el Artigas vivo. Escribe Mitre:

El caudillaje de Artigas, o sea el “artiguismo” localizado en la banda oriental, y dominando por la violencia o por afinidades los territorios limítrofes, obtuvo por la primera vez carta de ciudadanía, y se le reconoció el derecho de resistencia. El artiguismo oriental, dueño de Entre Ríos y Corrientes, sintió dilatarse su esfera de acción disolvente, aspiró por la primera vez a dominar los destinos nacionales, con sus medios y sus propósitos. Divorciado de la comunidad argentina sin principios vitales que inocularle, sin más bandera que el personalismo, ni más programa que una confederación de mandones, en que la fuerza era la base, empezó a chocarse con los régulos argentinos de la orilla occidental del Uruguay...

Las veloces lecturas romanas de Mitre no le dejaron una idea bien clara de quién era Régulo, pero la superficial condenación de los caudillos ha hecho escuela.

El mismo Mitre no puede menos que admitir la influencia real de Artigas en las Provincias Unidas:

A Santa Fe siguió Córdoba, que se declaró independiente; arrió la bandera nacional, que quemó en la plaza pública, enarbolando la de Artigas, se incorporó a la Liga Federal, poniéndose bajo la protección del caudillo oriental, y se adhirió a la convocatoria del Congreso de Paysandú, promovido, sin programa político y con objetos puramente bárbaros y personales. De aquí la primera resistencia de Córdoba a concurrir al Congreso de Tucumán.³

El programa revolucionario del artiguismo

Como primera aproximación, bastará que en esta edición indiquemos lo esencial del artiguismo.⁴ Los argentinos ignoran que entre 1810 y 1820 el artiguismo era el poder político dominante en gran parte de nuestro actual territorio. Aclamado por los pueblos reunidos en la Liga Federal como “Protec-

3 Bartolomé Mitre, ob. cit., Anaconda, Buenos Aires, 1950, p. 383. (Ya citado en nota 9, p. 44, pero bajo otro sello editorial. [N. de E.]

4 El presente capítulo sobre Artigas no estaba incluido en las dos primeras ediciones. [N. de A., 3ª edición.]

La 1ª edición de *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* (Amerindia, Buenos Aires, 1957) salió en un solo tomo. El autor se refiere en esta nota a la edición publicada en dos tomos por Plus Ultra (Buenos Aires, 1965). Dichos tomos comprendían cinco libros con los siguientes títulos: I. *Las masas y las lanzas*; II. *Del patriado a la oligarquía*; III. *La bella época*; IV. *El sexto dominio*; V. *La era del bonapartismo*. En ediciones posteriores (cinco tomos), los títulos de los tomos IV y V fueron reemplazados por *La factoría pampeana* y *La era del peronismo*, respectivamente. [N. de E.]

1810-1820 - Artigas "director de los Pueblos Libres"

tor de los Pueblos Libres", Artigas ejercía su influencia en las provincias de la Banda Oriental, Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Córdoba y Santa Fe. El gobierno directorial de Buenos Aires sólo alcanzaba a dominar la provincia-metrópoli y un puñado de provincias, donde ya empezaba a fermentar, por lo demás, la idea federal. ¿Qué significaba esto? Pura y simplemente que el federalismo expresó la reacción general de los pueblos del interior ante las despóticas tentativas de Buenos Aires por subyugarlos a su política exclusivista. Pero el magnó peligro para los intereses de la burguesía porteña y montevideana consistía en el artiguismo, que aspiraba a organizar la Nación con la garantía de plenos derechos para cada una de las provincias que concurrían a formarla. El riesgo de una poderosa Confederación sudamericana que sucediese al Virreinato en las fronteras históricas, era demasiado considerable para la política británica.

He aquí la concepción del "uruguayo" Artigas: Convención de la Provincia Oriental, firmada por Rondeau y Artigas, 19 de abril de 1813. Texto de sus dos primeros artículos:

Art. 1º -La Provincia Oriental entra en el Rol de las demás Provincias Unidas. Ella es una parte integrante del Estado denominado Provincias Unidas del Río de la Plata (...) Art. 2º -La Provincia Oriental es compuesta de Pueblos Libres, y quiere se la deje gozar de su libertad; pero queda desde ahora sujeta a la Constitución que organice la Soberana Representación General del Estado, y a sus disposiciones consiguientes teniendo por base inmutable la libertad civil.

Año 1813. Proyecto de Constitución artiguista:

Art. 1º -El título de esta confederación será: Provincias Unidas de la América del Sud. 2º -Cada provincia retiene su soberanía, libertad o independencia y todo poder, jurisdicción y derecho que no es delegado expresamente por esta confederación a las Provincias Unidas juntas en Congreso.⁵

Si ése era el programa expreso de Artigas, el de Gran Bretaña consistía justamente en el esquema inverso.⁶ No podía admitir que un solo Estado controlara la boca del río. Se imponía separar al puerto y campaña de Montevideo para dejar a las provincias libradas al monopolio del puerto bonaerense.

«Río de Janeiro era entonces el baluarte portugués de la política inglesa; y así se produce la invasión portuguesa planeada por el general Beresford, el mismo actor de las invasiones inglesas al Río de la Plata en 1806. Se debía consolidar a Buenos Aires segregando rápidamente al Uruguay. Con esta se-»

→ La elite de Montevideo se volvió a Artigas.

5 Véase Reyes Abadie y otros, ob. cit., tomo I, p. 197.

6 De Artigas a Felipe Gaire:

«Mi muy estimado pariente:

Las circunstancias hoy en día no están buenas. Los porteños en todo nos han faltado; no tratan más que de arruinar nuestro país; de este modo será de Portugal o del inglés; ellos están muy lejos de la libertad; yo hoy en día me veo en grandes aprietos porque todo el mundo viene contra mí. Los amigos me han faltado en el mejor tiempo, yo he de sostener la libertad e independencia de mi persona hasta morir.

José Artigas»

palabras de Artigas, como lo dejó solo, como Juan Beltrán. Al su lado, etc.

... a los pechos al mar... separando a Uruguay y es lo que hizo invadida la Banda Oriental desde Rio de Janeiro.

paración las Provincias Unidas estaban inexorablemente condenadas al puerto único de Buenos Aires», escribe Alberto Methol Ferré.⁷

Los portugueses invaden la Banda Oriental, ocupan la provincia y derrotan a Artigas por completo en Tacuarembó el 22 de enero de 1820;

Buenos Aires había firmado en 1818 un convenio con Portugal, cuya cláusula 5ª decía:

Libertad recíproca de comercio y navegación entre ambas partes con exclusión de los ríos interiores, salvo el caso de que los portugueses penetrasen a ellos en persecución de Artigas y sus partidarios.

He aquí la opinión que merecía al brigadier Pedro Ferré la lucha de Artigas:

Mientras las provincias estuvieron sujetas a Buenos Aires, no había imprenta en ellas. De aquí es que han quedado sepultados en el olvido el Gral. Artigas y la independencia de la Banda Oriental; sus quejas por la persecución, que sufría por este patriotismo; las intrigas del gobierno de Buenos Aires para perderlo, hasta el grado de cooperar para que el portugués se hiciera dueño de aquella provincia antes que reconocer su independencia; como entonces sólo hablaba Buenos Aires aparece Artigas en sus impresos como el mayor salteador. (Así aparecen todos los que se han opuesto a las miras ambiciosas del gobierno de Buenos Aires.) Si alguna vez se llegan a publicar en la historia los documentos que aún están ocultos, se verá que el origen de la guerra en la Banda Oriental, la ocupación de ella por el portugués, de que resultó que la República perdiera esa parte tan preciosa de su territorio, todo ello tiene su principio en Buenos Aires, y que Artigas no hizo otra cosa que reclamar primeramente la independencia de su patria y después sostenerla con las armas, instando en proclamas el sistema de federación, y entonces, tal vez resulte Artigas el primer patriota argentino.⁸

Tacuarembó asesta un golpe decisivo al potencial bélico de Artigas en la Banda Oriental. Se tendrá presente que las tropas portuguesas que invaden la Banda se componían de unos 15.000 veteranos, perfectamente armados y fogueados en la guerra contra Bonaparte. Artigas, por su parte, sólo contaba con una provincia que en esa época apenas tenía una población total de unos cuarenta mil habitantes en la campaña y unos veinte mil en la ciudad de Montevideo, que por supuesto le era hostil. Tan sólo unos ocho mil hombres componen su tropa principal, armada de bayonetas y sables de latón e impedida de practicar la guerra de montonera, a la manera de Güemes en Salta, por las particularidades de la topografía oriental. Por lo demás, ya en 1820 la clase de estancieros y en general todo el "patriciado" lo había abandonado, por la proyección revolucionaria de su política agraria:⁹ si la bur-

7 Alberto Methol Ferré, "Artigas o la esfinge criolla", en *Marcha*, Montevideo, mayo de 1961.

8 Pedro Ferré, *Memoria del brigadier general Pedro Ferré - Octubre de 1821 a diciembre de 1842*, Coni, Buenos Aires, 1921, pp. 70 y 71.

9 En el Reglamento Provisorio de la Provincia Oriental para el fomento de su campaña y seguridad de sus hacendados, dado a conocer desde el Cuartel General, el 10 de sep-

Reglamento de 1815

Portugal
va a
invadir la
Banda Oriental
Artigas va
a pelear
solo de
AR. NO
reconoce
la independencia
de la Banda
y 1820 se separa en Uruguay

que
Artigas
Montevideo
Portugal
separar
de la Banda
Oriental
de la Banda
Oriental
de la Banda
Oriental

güesia comercial de Montevideo lo rechazó siempre con todas las fuerzas, en virtud de su política industrial proteccionista,¹⁰ los estancieros no tenían más remedio que aborrecer al caudillo que elevaba su política por encima de la patria chica y que en el caos de la guerra civil y la invasión extranjera ponía todos los recursos de la provincia en juego.¹¹ Esto se verá muy claramente cuando, después del desastre militar de Tacuarembó, numerosos estancieros y comandantes de campaña, hasta entonces partidarios de Artigas, capitulen ante Lecor y acepten la dominación portuguesa de la Provincia Cisplatina, como lo había hecho ya la burguesía montevideana, que recibió al jefe portugués bajo palio y lluvia de flores. En un oficio que jefes y oficiales de Canelones dirigen al general Lecor, poniéndose a sus órdenes, se lee una alusión al reparto de tierras iniciado por Artigas: «Bajo el sistema adoptado por Don José Artigas, no se tendía sino a destruir la propiedad de la provincia...»

Con respecto a la política agraria de Artigas, Methol Ferré dice lo siguiente:

No hay duda que la reforma agraria artiguista tuvo enormes proyecciones y puedo apuntar que aún en 1884 a P. Bustamante le sorprendía la osadía de quienes reclamaban derechos invocando "donaciones" de Artigas. Y de mues-

tiembre de 1815, se lee en el artículo 6°: «Por ahora el Sr. Alcalde Provincial y demás subalternos se dedicarán a fomentar con brazos útiles la población de la campaña. Para ello revisará cada uno, en sus respectivas jurisdicciones, los terrenos disponibles; y los sujetos dignos de esta gracia, con prevención que los más infelices serán los más privilegiados. En consecuencia, los negros libres, los zambos de esta clase, los indios y los criollos pobres, todos podrán ser agraciados con suerte de estancia, si con sus trabajo y hombría de bien propenden a su felicidad y a la de la Provincia». En el artículo 12° se estipulaba: «Los terrenos repartibles son todos aquellos de emigrados, malos europeos y peores americanos que hasta la fecha no se hallan indultados por el jefe de la Provincia para poseer sus antiguas propiedades». Y, por fin, en el artículo 19° se dice lo siguiente: «Los agraciados, ni podrán enajenar, ni vender estas suertes de estancia, ni contraer sobre ellos débito alguno, bajo la pena de nulidad hasta el arreglo formal de la Provincia, en que ella deliberará lo conveniente» (Reyes Abadie y otros, ob. cit., tomo II, p. 446 y ss.).

10 Según el Reglamento Provisional de derechos aduaneros para las provincias confederadas de la Banda Oriental del Paraná, Cuartel General, 9 de septiembre de 1815 (v. Reyes Abadie y otros, ob. cit., tomo II, p. 389), los derechos de importación estaban graduados para estimular la industria nacional, con tasas de un 40% para la introducción de ropas hechas y calzados; caldos y aceites, un 30%, y un aforo de un 25% para todo efecto de ultramar, salvo el azogue, las máquinas, los instrumentos de ciencia y arte, libros e imprentas, pólvora y azufre y armamento de guerra, lo mismo que oro en todas sus formas. Todos los frutos procedentes de América tenían solamente un derecho de un 4% de introducción. Para la exportación hacia el interior, estaban los productos libres de derechos. Artigas decía al gobernador de Corrientes a este respecto, el 10 de septiembre de 1815: «Con este motivo mandé a ese gobierno un reglamento provisorio con los derechos correspondientes a formar el equilibrio comercial con las demás provincias y asegurar un resultado favorable con las demás» (ob. cit., p. 391).

11 Además, en las Instrucciones orientales para los diputados de 1813 se lee: «17° - Que todos los dichos derechos impuestos y sisas que se impongan a las introducciones extranjeras serán iguales en todas las Provincias unidas, debiendo ser recargadas todas aquellas que perjudiquen nuestras artes o fábricas, a fin de dar fomento a la industria de nuestro territorio» (ob. cit., p. 371).

tra final baste indicar que todavía hoy el Banco Hipotecario del Uruguay no considera válidas las salidas fiscales originadas en mercedes de tierras del gobierno de Artigas, y si acepta, por ejemplo, las provenientes del ocupante portugués Barón de la Laguna.¹²

Sólo en los cronistas, memorialistas y olvidados historiadores de provincias, custodios de la patria vieja, se encuentran hoy recogidos los testimonios fidedignos del pasado. Uno de ellos es el salteño Bernardo Frías, historiador del norte argentino y de Güemes. Su obra fundamental consta de ocho tomos. Comenzó a publicarse en 1902. Pero sólo llegaron a editarse en 60 años los cinco primeros tomos, todos agotados. Los restantes permanecen inéditos. Escribe el doctor Frías:

Era de este modo Artigas el único gobernante argentino que acudía en defensa de la integridad nacional, y como este deber obligaba en primer término al gobierno de la Nación antes que a un jefe de provincia, y el gobierno de la Nación se mantenía como extraño, sin tomar parte en la defensa común, comenzaron a alarmarse los pueblos, sospechando que el gobierno de Pueyrredón iba de acuerdo con el Brasil. Con esta sola actitud pasiva que asumía el gobierno, quedaba descubierto el crimen de marchar de acuerdo y aliado con el extranjero para aniquilar a un gobernador de provincia. Artigas, que lo comprendió antes que ninguno, se volvió al director para decirle: "Confíese Vuecelencia que sólo por realizar sus intrigas puede representar ante el público el papel ridículo de un neutral. El Supremo Director de Buenos Aires no puede [no debe serlo]! Pero sea Vuecelencia un neutral, un indiferente o un enemigo, tema justamente la indignación ocasionada por sus desvíos, tema con justicia el desenfreno de unos pueblos que sacrificados por el amor de la libertad, nada les acobarda tanto como perderla".¹³

El doctor Frías, en su notable obra, expone detalladamente la infamia porteña. En lugar de ayudar a Artigas contra los portugueses, toleraba la codicia de los comerciantes de Buenos Aires, que aprovisionaban Montevideo contra los intereses de la Nación. Frías llama a Pueyrredón el "Iscariote argentino".

La derrota porteña en Cepeda

La derrota de Tacuarembó asimismo reconoce otra causa capital: la connivencia de los directoriales de Buenos Aires — con Pueyrredón a la cabeza — con los portugueses, y que perseguía el objetivo de entregar a Portugal la Banda Oriental para destruir a Artigas y quebrar en el litoral la influencia de sus lugartenientes Ramírez y López. Mientras Pueyrredón practicaba esa política de suicidio nacional, en la que revelaría su profunda perfidia la burguesía porteña, ordenaba a San Martín y a Belgrano, generales de los ejércitos de Cuyo y del Norte, que bajaran a las provincias del Centro a aniquilar la montonera. San Martín, que mantenía correspondencia con Artigas y los caudillos litorales, rehusó «desenvainar su sable en la guerra civil» y mar-

12 Methol Ferré, en art. cit.

13 Frías, ob. cit., tomo IV, p. 217 y ss.

Si los amigos me fueran, a quíen condití
lo usaron a la mano. Si fueran: Ingreso fuera
chó a la conquista de los Andes; Belgrano obedeció la orden: su ejército se rebeló en el motín de Arequito. En ese momento, según observa Acevedo,¹⁴ Artigas ha perdido la Banda Oriental, pero su influencia en las provincias argentinas es más fuerte que nunca. Sufre una defección: su lugarteniente Fructuoso Rivera, el que será luego conocido como "don Frutos", o bautizado por Rosas, el "Pardejón Rivera", se arregla con los portugueses y abandona al Protector de los Pueblos Libres.

En tiempo de Artigas, los diputados en Salta fueron elegidos al grito de "¡Mueran los porteños!". Cuando el irlandés Campbell, jefe de la escuadrilla de Artigas, llegó a Santa Fe, fue recibido por el vecindario a los gritos de "¡Viva la Patria Oriental!". Por su parte dice Herrera:

¿No saben que el nombre de porteños es odiado en todas las Provincias Unidas o Desunidas del Río de la Plata?, escribía Fray Cayetano Rodríguez al doctor Molina. Los cordobeses pidieron que se borrara el nombre de porteños en las calles, plazas, colegios y monasterios.¹⁵

Derrotado por los portugueses en su tierra natal, Artigas pone en ejecución un meditado plan.

Traicionado por los porteños y ya que se revelaba imposible vencer a los portugueses con las provincias rioplatenses divididas y con la pérfida Buenos Aires en contra, se imponía primero derrotar a Buenos Aires, organizar la Nación y volver su poderío unificado hacia la reconquista de la Banda Oriental.

Al dirigirse a las provincias convocándolas a la lucha contra Buenos Aires, Estanislao López invitaba a los cordobeses a marchar, prometiéndoles «los más felices resultados y la protección invencible del inmortal Artigas, vencedor de riesgos y minador de bases de toda tiranía y el héroe que cual otro Hércules dividiría con la espada sus siete cabezas».¹⁶

La batalla entre las fuerzas artiguistas de Santa Fe y Entre Ríos contra el ejército del nuevo director Rondeau se libró en la cañada de Cepeda el 1° de febrero de 1820. La montonera triunfó de manera decisiva. Pero la victoria y la traición marcharon juntas. Con Cepeda caía el régimen directorial y el Congreso de Tucumán, instrumentos porteños. El nuevo gobernador de Buenos Aires fue don Manuel de Sarratea, y como habría de ocurrir durante más de medio siglo, Buenos Aires compensaría sus fracasos militares con los recursos financieros de su puerto. Éste será, en definitiva, todo el drama.

El pánico invadió a la ciudad de Buenos Aires:

Se esperaba por unos momentos un saqueo a manos de cinco mil bárbaros desnudos, hambrientos y excitados por las pasiones bestiales que en esos casos empujaban los instintos destructores de la fiera humana que como "multitud inorgánica" es la más insaciable de las fieras conocidas: cosas que debe tener presente la juventud, expuesta por exceso de liberalismo a creer en las

14 Acevedo, ob. cit., p. 841 y ss.

15 Puiggrós, *Historia económica...*, ob. cit., p. 70.

16 Acevedo, ob. cit., p. 880.

excelencias de las teorías democráticas que engendran las teorías subversivas del socialismo y del anarquismo contra las garantías del orden social".¹⁷

Así juzga López ese momento.

Ramírez acampó con sus hombres en el pueblo de Pilar, a unas quince leguas de la ciudad. Desde allí planteó sus exigencias a los mercaderes aterrorizados. En primer lugar, Ramírez exigía la disolución del Congreso y del Directorio. Todo fue rápidamente aceptado. La Constitución, lo mismo que el Directorio, se desvaneció ante las lanzas federales.

La segunda exigencia consistía en la publicación de los documentos producidos por la diplomacia secreta del Congreso recién extinguido; este acto demostró que se había llegado a un acuerdo con los franceses para imponer en el Río de la Plata al príncipe De Luca, miembro de la Casa de Borbón y cuya corona estaría bajo el protectorado del gobierno de Francia.

El Tratado del Pilar, suscrito el 26 de febrero del año 1820 por los gobernadores de Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe, entre una nube de lanzas, establecía, además, la libre navegación de los ríos Paraná y Uruguay. Esta última era una reivindicación fundamental para los caudillos litorales, obligados a destruir por la fuerza de las armas el monopolio porteño del gran río.

Un historiador adversario ha dejado un evocador testimonio de ese instante de la vida argentina:

Después del tratado, Sarratea se permitió volver a Buenos Aires acompañado de Ramírez, de López y Carrera y de numerosas escoltas de hombres desaliñados, vestidos de bombachas y ponchos sin que pudiera distinguirse quiénes eran jefes y quienes soldados. Toda esta chusma ató los redomones en las verjas de la Pirámide y subió al Cabildo de Mayo donde se les había preparado un refresco de beberaje en festejo de la paz. Fácil es conjeturar la indignación y la ira del vecindario al verse reducido a soportar tamañas vergüenzas y humillaciones.¹⁸

Pero el Tratado del Pilar desató las pasiones del localismo porteño. Sumida en el más espantoso desorden, la ciudad fue teatro de las disputas de todas las facciones por el poder. En un mismo día se sucedieron tres gobernadores; ganaderos, comerciantes y militares discutieron ásperamente la situación creada por la montonera. ¿Transigir con ella, cumplir el convenio del Pilar? ¡Qué locura! ¿Abrir el río a esa plebe andrajosa? ¿Qué político porteño podría ser tan insensato?¹⁹

En los círculos áulicos de la burguesía portuaria, sin embargo, sabíase que las concesiones de Sarratea, inaceptables para Buenos Aires, no habrían de cumplirse. El Tratado del Pilar, por el contrario, constituía una puñalada en la espalda de Artigas.

17 López, ob. cit., p. 341.

18 *Ibíd.*, p. 344.

19 Leoncio Gianello, *Compendio de historia de Santa Fe*, Castellví, Santa Fe, 1950, p. 123.

Ramírez traiciona al Protector

Sarratea era uno de los más antiguos e irreconciliables enemigos de Artigas. López atribuye a este personaje "procedimientos desparpajados y moralidad poco segura" además de "viveza pervertida", "principios morales poco delicados", "extraña mezcla de buen carácter y de cinismo, de habilidad y desvergüenza". Y agrega: "Trapalón y entremedio, como decía T. M. de Anchorena, y movido siempre por una incorregible afición a tretas y manejos embrollados, no era tan malo que pudiera ser tenido por un malvado de talla para despotizar por la fuerza y por la sangre, ni por peligroso siquiera fuera de los enjuagues y escamoteos que lo hacían despreciable más bien que perverso".²⁰

Con tal gobernador es que los lugartenientes de Artigas celebraron el Tratado del Pilar. Dicho convenio violaba las órdenes expresas del Protector, pues se limitaba a formular una platónica expresión de deseos en lo tocante a la ocupación portuguesa del territorio patrio, cuya reivindicación por las armas quedaba librada a la buena voluntad de Buenos Aires, justamente la provincia cuyos intereses le habían dictado facilitar dicha ocupación extranjera. No se trataba de ceguera diplomática de los lugartenientes de Artigas, como podría suponerse, sino la puesta en práctica de una política que se revelaría fatal durante mucho tiempo. La traición de Ramírez hacia Artigas, de López hacia Ramírez, de López hacia Quiroga, de Urquiza al partido federal luego, compendiaban la defección de los intereses litorales a la causa global del interior y de la unidad nacional. Esa defección encontraba su más profundo fundamento en el carácter librecambista de la política económica que dictaban a Entre Ríos y Santa Fe sus producciones exportables, similar en este aspecto a la provincia de Buenos Aires. Sus divergencias con la burguesía porteña radicaban en que esta última monopolizaba el puerto y cerraba los ríos interiores a la navegación comercial extranjera, exigida por dichas provincias y acaparada por Buenos Aires. Esta última —durante todo el período de Rosas— amansó a los caudillos litorales con dádivas, ganado y otras concesiones, para separarlas de las provincias mediterráneas; si bien es cierto que éstas eran el refugio del espíritu federal nacionalista, eran fatalmente incapaces de oponer una fuerza económica y militar suficiente para levantar ejércitos y poner fin al monopolio de Buenos Aires. Ramírez, López y Urquiza serían los pequeños caudillos del localismo, el "federalismo" aldeano agonizante después de la ruina del Protector de los Pueblos Libres.

Los documentos son abrumadores a este respecto: Pancho Ramírez pacta con Buenos Aires después de Cepeda, el 23 de febrero de 1820, a espaldas de Artigas, que se retiraba diezmado de la batalla de Tacuarembó, pero resuelto a reiniciar la lucha. Cuatro días más tarde, desde las orillas de la ciudad porteña, el fiel lugarteniente Ramírez se dirige afectuosamente al Protector, adjuntándole el texto del Tratado «asegurándole que la alegría de este pueblo y su reconocimiento hacia el autor de tantos bienes es inexplicable».²¹

Pero cuarenta y ocho horas más tarde, el 29 de febrero, el mismo Ramírez exponía en un oficio "reservado" el plan de traición a su amado jefe. Dirigiéndose a su medio hermano Ricardo López Jordán y en su ausencia gobernador interino de Entre Ríos, le ordenaba confidencialmente que «*procure entablar relaciones amistosas con el general Rivera, con el gobernador de Corrientes, etc.*». En otros términos, los caudillos menores se disponían a distribuirse las satrapías locales del poder federal: uno, pactando con los portugueses; el otro, con Buenos Aires. En el mismo oficio "reservado" Ramírez confiesa el influjo que en Entre Ríos conservaba Artigas y expresa sus temores:

Usted conoce las aspiraciones del General Artigas y el partido que tiene en nuestra Provincia: su presencia aún después de los continuos desgraciados sucesos de la Banda Oriental podría influir contra la tranquilidad (...) Procure V. por cuantos medios aconseje la prudencia conservar en el ejército los auxiliares de Corrientes atrayéndolos, pagándolos y haciéndoles ver se les lleva al sacrificio por una guerra civil, cuando quedando en nuestras banderas todo será paz y trabajar por la verdadera causa.²²

Después de Cepeda, Ramírez, presa de inquietud por la previsible reacción del Protector de los Pueblos Libres, maniobra con la burguesía porteña para conseguir armas en pago de su inminente ruptura con Artigas. En una carta, también "reservada", que dirige al chileno José Miguel Carrera, expone sin disimulos la situación:

En estos momentos sin tener recursos ningunos, cómo quiere V. que yo me oponga al parecer de Artigas cuando estoy solo y que él ya debe haber ganado la Provincia de Corrientes como estoy cierto que la lleva adonde él quiere. Nada digo de Misiones porque son con él.²³

Aludiendo a la apatía del gauchaje por su política de acuerdo con Buenos Aires y de renuncia a la guerra con Portugal, Ramírez agrega estas palabras significativas:

¿Cómo podré persuadir a los paisanos ni convencerlos en ninguna manera? Cuando los elementos precisos para la empresa fuesen en algún tanto proporcionados al número que yo solicité (a Buenos Aires) podría convencerlos; por lo de lo contrario, seré con el voto general de aquellos que sólo se conforman con la declaratoria de guerra a los portugueses.

Ramírez concluye su nota "reservada" confesando su capitulación ante la burguesía porteña:

No he anoticiado a la provincia del auxilio que se nos presta, porque me aborcho, y tal vez causaría una exaltación general en los paisanos.²⁴

20 Acevedo, ob. cit., p. 888.

21 Reyes Abadie y otros, ob. cit., tomo I, p. 591.

22 Ibíd., p. 592.

23 Ibíd., p. 593.

24 Ibíd., p. 594.

Se comprende el carácter reservado de semejantes testimonios. En estos documentos fundamentales se encuentran los hechos irrefutables que rodean el hundimiento de la Federación artiguista. Ramírez se dirigía a Sarraatea el 13 de marzo, reclamando humildemente los "auxilios" que en virtud del acuerdo secreto firmado al mismo tiempo que el Tratado del Pilar, debía proporcionar la burguesía porteña al incorruptible teniente de Artigas.

Recordaba el carácter secreto de este convenio por el cual se entregarían a las tropas de

mi mando en remuneración de sus servicios e indemnización de gastos en la cooperación que había prestado para deponer la facción realista que tenía oprimido el país el auxilio de quinientos fusiles, quinientos sables, veinticinco quintales de pólvora, cincuenta quintales de plomo, que se repetiría según las necesidades que tuviese el ejército; teniéndose en consideración para este suplemento el interés propio de esta Ciudad como de todas las demás Provincias de la federación en mantener la libertad del territorio de Entre Ríos (...). Añadía: "En este concepto me veo precisado a suplicar a V. S. como lo hago, tenga bien en las circunstancias dar alguna extensión a aquel tratado y facilitarme un auxilio capaz de subvenir a los primeros objetos que nos propusimos. Yo quedaría satisfecho con que se doblase el número y municiones que debieron dárseme la primera vez y que se diese a la tropa un vestuario y una corta gratificación al arbitrio de V. S. dando para ello las disposiciones más prontas que estén a su alcance pues no espero más para retirarme..."²⁵

Quince días más tarde, las gestiones parecen haber tenido éxito y las armas y recursos del Puerto se ponen al servicio de Ramírez para enfrentar al Protector, y garantizar la "libertad de Entre Ríos", es decir, su localismo y, en consecuencia, su dependencia de Buenos Aires. El 28 de marzo, desde Pilar, Ramírez, escribe a Carrera:

El estado de cosas en mi provincia no puede ser peor, pues D. José Artigas no pasa por los tratados ni deja de mirar la opinión de los habitantes de ella para atraerlos a su partido (...) Por otra parte V. me dice que el armamento está seguro por la combinación de Monteverde y sabe que con esto ya puedo hablar a Artigas como debo.

Con la ayuda porteña, Ramírez podría, al fin, hablar con Artigas "como debía". La intriga estaba a punto de consumarse trágicamente. Pocos días más tarde Artigas escribe a Ramírez, le recuerda su situación de dependencia hacia él y lo acusa de haberse entregado con el Tratado del Pilar a la facción porteña. Califica al Tratado de "inicuo" y la firma de Ramírez al pie del documento prueba su apostasía y traición. Y agrega:

Recuerde que V. S. mismo reprendió y amenazó a don Estanislao López, gobernador de Santa Fe, por haberse atrevido a tratar con el general Belgrano sin autorización suya y que hizo anular esos tratados; lo que prueba que tratando ahora V. S. con Buenos Aires sin autorización mía que soy el Jefe Supremo y Protector de los Pueblos Libres, ha cometido V. S. el mismo acto de

insubordinación que no le consintió al gobernador López; y eso que V. S. tenía entonces y tiene ahora menos jerarquía en el mando y en la confianza de los Pueblos Libres de la que tengo yo (...) V. S. ha tenido la insolente avilantez de detener en la Bajada los fusiles que remití a Corrientes. Este acto injustificable es propio solamente de aquel que habiéndose entregado en cuerpo y alma a la facción de los pueyrredonistas, procura ahora privar de sus armas a los pueblos libres para que no puedan defenderse del portugués (...)

Artigas concluía su nota definiendo el contenido del Tratado de Pilar: "Y no es menor crimen haber hecho ese vil tratado sin haber obligado a Buenos Aires a que declarase la guerra a Portugal y entregando fuerzas suficientes para que el Jefe Supremo y Protector de los Pueblos Libres pudiese llevar a cabo esa guerra y arrojar del país al enemigo aborrecido que trata de conquistarlo. Ésa es la peor y más horrorosa de las traiciones de V. S."²⁶

Con las armas porteñas en su poder, Ramírez eleva el tono ante Artigas y desnuda el fondo de su política:

¿Por qué extraña V. S. que no se declarase la guerra al Portugal? (...) ¿Qué interés hay en hacer esa guerra ahora mismo y en hacerla abiertamente? ¿O cree V. S. que por restituirle una Provincia que se ha perdido han de exponerse todas las demás con inoportunidad?²⁷

En esa mera enunciación, y pese a la retórica "federal" de sus proclamas, Ramírez anticipaba la traición de Urquiza, que no mezquinó el cintillo rojo después de Caseros, pero que libró al hierro porteño las provincias federales.

Que la política antiartiguista de Ramírez era lisa y llanamente una traición a la causa de la unidad nacional, termina de probarlo acabadamente una nota de Fructuoso Rivera, escrita desde Montevideo el 5 de junio de 1820. De traidor a traidor, el diálogo entre el oriental aportuguesado y el entrerriano aporteñado alcanza una asombrosa claridad retrospectiva. Le pide a Ramírez la devolución de algunos oficiales portugueses en su poder y la "reposición del comercio". Añade don Frutos que tales actos demostrarían por parte de Ramírez la

extremosa afección a la Provincia a su mando. Cooperarán a esto último con todo su poder las fuerzas de mar portuguesas cuyo Jefe tiene las competentes órdenes para ponerse a disposición de V. cuando lo crea necesario. Más para que el restablecimiento del comercio tan deseado, no sea turbado en lo sucesivo es de necesidad disolver las fuerzas del general Artigas, principio de donde emanarán los bienes generales, y particulares de todas las provincias, al mismo tiempo que será salvada la humanidad de su más sanguiinario perseguidor.²⁸

El choque entre las fuerzas de Artigas y Ramírez se produjo el 24 de junio en Las Tunas. Artigas fue aniquilado: el epílogo es rigurosamente homé-

26 *Ibíd.*, p. 613.

27 *Ibíd.*, p. 619.

28 *Ibíd.*, p. 622.

25 *Ibíd.*, p. 598.

rico. Poseído de un miedo sobrecogedor al prestigio de Artigas, el caudillo Ramírez inicia una persecución inexorable del Protector para impedir que rehaga sus fuerzas en la huida. Rodeado de un puñado de oficiales e indios, Artigas es obligado a luchar cada día: el 17, en la costa del Gualeguay; el 22, en las puntas del Yuquery, y así sucesivamente. ¿En qué fundaba Ramírez su temor ante su jefe fugitivo, rodeado tan sólo de una docena de hombres? En el hecho de que sólo el nombre de Artigas levantaba en masa al paisanaje de las provincias que atravesaba en su retirada. Ramírez sabía muy bien que si le otorgaba dos semanas de tiempo, Artigas pondría de pie un nuevo ejército. La persecución tenía el objetivo preciso de eliminar a Artigas u obligarle a abandonar el territorio de las provincias. Las tropas improvisadas en esa marcha forzada hacia el interior eran deshechas hora por hora por Ramírez antes que pudieran armarse y luchar. Desde el Paraná hasta la frontera paraguaya transcurre esa lucha donde Artigas se desangra y con él la esperanza postrera de la Patria Grande. En el umbral de la provincia gobernada por el doctor Francia, jaqueado, traicionado y vencido, Artigas mira por última vez la escena y entra a galope a la larga prisión guaraní.

Muchos años más tarde, cuando la Banda Oriental se transforma por la presión británica en la República del Uruguay, el viejo Protector de los Pueblos Libres dirá: «*Ya no tengo patria*». Ése era todo su secreto. La patria se había perdido en la balcanización y con Artigas desaparecían simultáneamente los unificadores: Bolívar y San Martín.

Francisco Ramírez había traicionado a su jefe; pero, ¿cómo había podido vencerlo? Mitre y Vicente Fidel López, feroces antiartiguistas, no lo ocultan en sus obras. Por las estipulaciones secretas anexas al Tratado del Pilar, sabemos que Buenos Aires había entregado armamento a Ramírez para resistir a Artigas. Pero no lo sabemos todo a ese respecto: Ramírez triunfó sobre los gauchos mal armados que seguían a Artigas «*gracias al concurso de un piquete de artillería de seis piezas y un batallón de trescientos veinte cívicos que estaban a las órdenes del comandante Lucio Mansilla*».²⁹

Agreguemos que Mansilla era porteño y estaba a las órdenes de Ramírez por autorización expresa del gobernador de Buenos Aires, Manuel de Sarratea; que el tesoro de Buenos Aires quedó exhausto; que se le entregaron 250.000 pesos a Ramírez para elevar el espíritu de su tropa; que los vestuarios de la ciudad porteña fueron vaciados para los soldados de Ramírez, con lo que éste quedó dueño del Paraná y pudo jaquear a Artigas.

He aquí a Ramírez dueño del litoral, en apariencia, ebrio de poder. El vástago entrerriano del Protector abandona enseguida la concepción confederal y nacional para proclamar la República de Entre Ríos. Intenta edificar la misma insularidad que Urquiza creará más tarde, indiferente al destino de las provincias federales. Pero desaparecido Artigas, Buenos Aires ejecuta la segunda maniobra. Había empleado la traición de Ramírez para eliminar al Protector; ahora utilizará a Estanislao López para desembarazarse de Ramírez. En efecto, al negarse a cumplir Buenos Aires las estipulaciones del

Tratado del Pilar que beneficiaban a las provincias litorales, se reinicia una crisis entre ambos sectores. El poder excesivo que con la derrota de Artigas había alcanzado Ramírez en Entre Ríos y Corrientes, mueve a la burguesía porteña a pactar nuevamente con Estanislao López, dejando a un lado las aspiraciones entrerrianas. Esta defección de López del frente común, lleva a Ramírez a amenazarlo con la invasión de Santa Fe. Se repite en este caso la intriga porteña contra Artigas.

A espaldas de Ramírez, Estanislao López firma con el nuevo gobernador de Buenos Aires, Martín Rodríguez, el Tratado de Benegas: en pago de su gesto por levantar el cerco de Buenos Aires y traicionar a Ramírez, el otro teniente artiguista recibía una compensación de 25.000 cabezas de ganado. Fue el estanciero Juan Manuel de Rosas quien intervino en la negociación para domesticar al caudillo de Santa Fe, revelando desde sus comienzos singulares condiciones de político.

Era el litoral librecambista e impotente quien inclinaba sus armas en el Tratado de Benegas. López reclama entonces la ayuda ofrecida por Buenos Aires para enfrentar a Ramírez. El coronel Lamadrid parte de la ciudad porteña con 1.900 soldados para apoyar a López. Las fuerzas coaligadas de Santa Fe y Buenos Aires deshacen al Supremo Entrerriano —que tal era el nombre orgullosamente asumido por el antiguo oficial de Artigas—. Al cabo de una despiadada persecución, Ramírez cae, al intentar salvar a su compañera Delfina, hermosa porteña que cabalgaba junto a él en sus campañas; la muerte caballerescamente se corona con el degüello. Sus vencedores cortan la cabeza del caudillo y la envían a Estanislao López.

El gobernador de Santa Fe escribió a su congénere de Buenos Aires: «*La heroica Santa Fe, ayudada por el Alto y aliadas provincias, ha cortado en guerra franca la cabeza del Holofernes americano*».

López «*envolvió la cabeza en un cuero de carnero y la despachó a Santa Fe, con orden de que se colocara en la Iglesia Matriz, encerrada en una jaula de hierro*».³⁰

La estrategia del puerto de Buenos Aires se realizaba con el sistema de las complicidades sucesivas. El más grande caudillo argentino meditaba en la selva la quimera de su Nación infortunada.

29 Acevedo, ob. cit., p. 902.

30 *Ibid.*, 904.

hacendados, los Míguez, Castex, Obligado, Lastra, Suárez, Acevedo, Anchoarena y cien otros que pusieron en conocimiento de los hombres de gobierno bonaerense las condiciones y localidades de nuestros campos.¹¹

Los ganaderos y comerciantes bonaerenses respiraban un poco al fin; ya no tenían necesidad de desprenderse de un solo peso de los ingresos aduaneros para pagar los ensueños de libertad americana de San Martín y otros ilusos como él, ni mucho menos comprometerse en la organización nacional que les arrebataría el control de esa aduana puesta en sus manos por la providencia. Rivadavia fue y debía ser su hombre, aunque por poco tiempo.

La Ley de Enfiteusis y su secreto

Los exégetas de Rivadavia han consagrado muchas vigilias a estudiar la Ley de Enfiteusis, que probaría el carácter visionario del reformador. Habría sido propuesto don Bernardino echar las bases jurídicas de la distribución racional de la tierra, con el propósito de poblar la campaña de una manera capitalista y asegurar un régimen agrario burgués, es decir, moderno. La enfiteusis daba al Estado el dominio de la tierra no escriturada, vale decir, la mayor parte del campo argentino, pues las comunidades indígenas, los labradores y los gauchos nómades no requerían para el usufructo de la tierra sino la posesión virtual. Los fines teóricos de la ley se disolvieron en las manos rapaces de los especuladores, terratenientes y ganaderos, únicos usufructuarios de la supuesta utopía rivadaviana. Fueron los Anchorena, Lezica, Díaz Vélez, Viamonte, Dorrego, los más grandes enfiteutas. Los campesinos colonizados europeos que debían venir a trabajar las tierras públicas, según la letra de la ley, o fueron atemorizados y expulsados por los terratenientes y ganaderos de la época, o prefirieron llegar al país seis décadas más tarde, pues los prudentes gobiernos europeos no veían utilidad momentánea en emprender semejante aventura colonizadora que tampoco era exigida por la situación económico-social de esos países. Eran mucho más convenientes, en ese momento, la intriga diplomática, la balcanización, el empréstito tramposo.¹²

La Ley de Enfiteusis amplió el asalto de la tierra pública y marcó en realidad el nacimiento de nuestra oligarquía terrateniente. La distribución a voleo de la tierra encontró una causa accesoría en la pobreza fiscal, incapaz de sufragar los abultados presupuestos de sueldos militares creados por la guerra de la Independencia y los conflictos civiles. A falta de dinero, los militares obtuvieron tierras, casi inmediatamente enajenadas en manos especuladoras.

Bajo el gobierno de Rosas este sistema alcanzó gran desarrollo. En 1840, cincuenta familias bonaerenses poseían 160 estancias con un total de 2.093 leguas. La Sociedad Rural Argentina (nos referimos a la predecesora histórica y política de la actual, acerca de cuya existencia esta última guarda un decoroso silencio) fue una de las más activas participantes en esa ope-

11 *Ibíd.*

12 Raúl Scalabrini Ortiz, *Política británica en el Río de la Plata*, Reconquista, Buenos Aires, 1940. (Sobre el tema, puede leerse con provecho: Emilio A. Coni, *La verdad sobre la enfiteusis de Rivadavia*, Imprenta de la Universidad, Buenos Aires, 1927.)

ración de saqueo sin precedentes a una tierra que la ley destinaba a la colonización. La tentativa de la burguesía mercantil porteña de crear una agricultura capitalista estrechamente ligada a sus protectores británicos se habría desvanecido en la inmensidad pampeana.¹³ En realidad, su política había fortalecido a esos «apacentadores de vacas empeñados en apacentar hombres y pueblos», según la vigorosa expresión de Sarmiento. Tal es la versión externa y las consecuencias de la famosa Ley de Enfiteusis. Su verdadero móvil obedecía a causas mucho más inmediatas. Cuando el gobierno porteño realizaba gestiones para obtener un préstamo de Inglaterra, se publicó un decreto misterioso que no era otro que la Ley de Enfiteusis. En sus estudios sobre las tierras públicas, Avellaneda afirma:

El decreto del 17 de abril de 1822 marca una de las fechas más importantes en nuestra legislación agraria. Rompe inopinadamente con la tradición, lanzándose por un camino desconocido: decreta la inmovilidad de las tierras públicas bajo el dominio del Estado, prohibiendo que se extendiera título alguno de propiedad a favor de particular. ¿Con qué objeto se introducía una innovación tan trascendental? El Decreto no lo dice (...) El Decreto del 21 de julio del mismo año reiteró la prohibición en términos más explícitos. Uno y otro decreto guardaban silencio sobre el designio que los había inspirado pero éste no tardó en ser revelado. Un mes más tarde, el Gobierno solicitaba la autorización de la Legislatura para negociar un empréstito en Londres. Al proscribir la enajenación de las tierras, se había tenido por objeto el ofrecimiento en garantía a los prestamistas. Se inmovilizaba la tierra bajo el dominio del Estado, para que sirviera de base al crédito público.¹⁴

La famosa Ley de Enfiteusis, que erigió la fama de Rivadavia como estadista, era la cobertura legal de una garantía para un préstamo de los usuarios ingleses. ¿Cuáles fueron las ventajas de esta operación?

La filantropía de la Banca Baring

La Banca Baring Brothers de Londres otorgó al gobierno de Buenos Aires un empréstito de un millón de libras esterlinas: como todos los empréstitos de los países adelantados a las regiones periféricas, lejos de estimular su desarrollo, fue el nudo inicial de la estrangulación argentina. En un ensayo sobre este negociado, Raúl Scalabrini Ortiz ha demostrado la naturaleza interna de la estafa. Por un millón de libras esterlinas, de las cuales se percibieron oficialmente a lo sumo 570.000, en su mayor parte en forma de letras de cambio sobre comerciantes ingleses de Buenos Aires (no en oro, lo cual hubiera constituido la única ventaja supuesta del empréstito), el país pagó la suma de 23.734.766 pesos fuertes.¹⁵ No incluimos en las cifras el porcentaje más importante: la fabulosa moneda política con que el rapaz Impe-

13 Véase Jacinto Oddone, *La burguesía terrateniente argentina*, Ediciones Populares Argentinas, Buenos Aires, 1956.

14 Nicolás Avellaneda, *Estudio sobre las leyes de tierras públicas*, La Facultad, Biblioteca Argentina, Buenos Aires, 1915, p. 68.

15 Scalabrini Ortiz, *ob. cit.*, p. 67 y ss.

El nacionalismo ganadero

Cuando Rosas asumió el poder, Buenos Aires no era la "Gran Aldea": apenas una factoría pampeana, rica de color y movimiento, penetrada de ambición. El núcleo urbano se componía de un puñado de manzanas, dispuestas junto al codiciado río. Casas chatas y anchas construidas en sólidos muros de adobe —barro y agua—, no era ésa una ciudad para un virrey del Perú barroco. La vida pública transcurría alrededor de la Plaza Mayor; la Recova acogía a las pasteleras negras, procedentes del barrio del Tambor, donde vivía la población africana: mozambiques, minas, mandingas y banguelas, tales eran las "naciones" negras, con sus reyezuelos y sus cortes, que transmigraban a la tierra nueva los tantanes y la alegría visceral de la patria selvática.

La "gente decente" habitaba cerca del Fuerte. Sus residencias eran simples y cómodas, arregladas las habitaciones con un gusto un poco ingenuo, más revelador de solvencia que de alcurnia. París o Londres señalaban las modas a las beldades que Santiago Calzadilla conoció y amó. Sedas, tisús, muebles dorados, vajilla de oro y plata, nada faltaba en los hogares de los comerciantes, ganaderos, importadores y terratenientes de que se componía la mejor sociedad aldeana.

La pampa entraba en la ciudad, pues la Recoleta y el Congreso de nuestros días no eran sino rancharíos y tunales. En esas orillas vivía el mundo de extramuros, congregado en innumerables pulperías, frecuentadas por indios semiamansados, gauchos y negros. Veinte años después, todavía, la

Avenida Alvear y las de Callao, Rivadavia, Santa Fe, sólo eran tortuosos y polvorientos callejones con cerco de pita. El Retiro, un cuartel siniestro; la Recoleta, un sauzal poco frecuentado; Flores, una posta rural; Belgrano, un campo casi desierto; Barracas, unos saladeros; la Boca del Riachuelo, unos bañados.¹

A un paso del centro se multiplicaban los pantanos, en plenas rutas de tránsito; las lluvias producían escenas de heroicos rescates, cuando las chatas se hundían hasta los ejes. Algunas vecinas viejas comentaban entonces los tiempos del virrey, cuando en la calle de las Torres (luego Federación y más tarde Rivadavia) se colocaron centinelas para evitar que se ahogaran hombres y caballos.

Como el río sacudía el caudal de barro y su espuma negra sobre la ciudad, el señor Rivadavia, en su furia importadora, había traído de Europa, en

¹ Ricardo Rojas, *El profeta de la pampa*, Losada, Buenos Aires, 1951, p. 406.

sus tiempos, a Mr. Bevans, un ingeniero hidráulico perteneciente a la secta de los cuáqueros, que debía construir un muelle y contener las aguas. El proyecto quedó después en el Archivo del gobierno, como aquel otro célebre decreto rivadaviano que ordenaba al personal subalterno de Bevans vestir «*casaca de color azul turquí con cuello y vueltas de terciopelo negro y vivos de color grana, botones dorados, pantalón ancho, etc., etc.... cuyo diseño será dado por el ministro de gobierno*».²

Con el sombrero calado hasta las orejas y el severo traje sectario, Mr. Bevans, desocupado, paseó por las calles de Buenos Aires su mirada despreciativa, y el río continuó cubriendo de cascajo, arena y peces muertos el bajo de la ciudad. Allí iban a morir los caballos cansados, y de ese cementerio marino los arrastraban a la cincha, de tanto en tanto, fúnebres jinetas.

Cerca de 4.000 ingleses y cuarenta casas mayoristas, propiedad de británicos, señalaban la presencia, en la ciudad del Plata, del lejano Imperio. El ingeniero Bevans, cuyo nieto Carlos Pellegrini tan importante papel jugaría en nuestra política, escribía a sus hijos: «*Vivimos en un barrio poblado en su mayoría por ingleses; oímos hablar en igual proporción inglés y español a las gentes que pasan por nuestras ventanas*».³ Más de 2.000 comercios al menudeo, un centenar de talleres y otras tantas manufacturas constituían toda la actividad industrial y mercantil urbana, adherida vitalmente a esa costa sin puerto, a cuyo horizonte apuntaban ansiosamente los catalejos de los socios de la Sala de Comercio Británica. «*Ser inglés entonces ¡qué pichincha!*», diría más tarde Lucio V. Mansilla. Pocos eran los porteños admitidos en esa Sala tan exclusiva: sólo un puñado de barraqueros y comerciantes fuertes gozaban de las ventajas de una entidad tan poderosa: Del Zar, Santa Coloma, Sáenz Valiente, Almagro, entre otros asociados a los intereses británicos. Un autor que firma "Un Inglés", ha escrito sus recuerdos del Buenos Aires de la época:

A veces los criollos demuestran cierta envidia a los ingleses. Suponen que tenemos el monopolio de los negocios y le sacamos la moneda al país. Estos torpes alumnos de economía política no entienden que en los negocios las obligaciones son mutuas y que a menudo debemos comprar materia prima a precios irrisorios.⁴

Toda la "flor de la canela", como dice Calzadilla, se envanecía de la amistad de los ingleses, cuyos barcos exportaban los cueros crudos y regresaban con pianos de cola. Se hacía música y se aprendía a bailar pavanas, cuadrillas y gavetas en casa del maestro británico Mr. Guillermo Davis. Esa aristocracia mercantil a la que Rosas haría ceñir en sus sienes la insignia colorada, miró con disgusto, entre inquieta y curiosa, el ascenso al poder del millonario agauchado que le arrebató el gobierno, la confinó a sus salones y le garantizaba en cambio, el control del puerto, puesto en peligro por el insensato de Rivadavia. O Rosas, o la plebe provinciana sobre la ciudad. Había que elegir, y el puerto bien valía una misa federal.

2 Agustín Rivero Astengo, *Ensayo biográfico sobre Carlos Pellegrini*, en *Obras de Pellegrini*, Jockey Club de Buenos Aires, 1951, tomo I, p. 32.

3 *Ibid.*, tomo I, p. 23.

4 Un Inglés, ob. cit., p. 55.

La política porteña: unitarismo y rosismo

El conflicto entre las dos políticas —Rivadavia o Rosas— no fue sino la lucha entre las necesidades de la burguesía comercial porteña controlada por los británicos residentes, y la clase ganadera bonaerense. Estos dos grupos sociales fundaban su frente único en la posesión común del puerto de la ciudad de Buenos Aires, base del crédito público y del Tesoro Nacional. Si los comerciantes porteños y sus doctores encontraban la fuente del poder en la ciudad-puerto, modelada por Europa desde los orígenes contrabandistas del villorrio, los ganaderos eran amos de la provincia. Pero tanto la provincia como la ciudad formaban una unidad que en tiempos del rey llamose la Provincia-Metrópoli.

Ya hemos visto que el partido unitario expresó a través de Rivadavia la más completa esterilidad para organizar al país de acuerdo a las conveniencias nacionales. La rebelión de los caudillos testimonió que las provincias mediterráneas y litorales no estaban dispuestas a admitir la dictadura portuaria de Buenos Aires. Tampoco aceptaban la penetración de mercancías europeas, destructoras de las economías regionales.⁵

La caída de Rivadavia hizo ver a los ganaderos bonaerenses que se imponía un nuevo curso. La fracción rivadaviana, como representante de los intereses del Imperio británico, deseaba organizar al país para acoplarlo como gran mercado interior de las fábricas inglesas. Ambicionaba realizar el afiorismo de Cobden: «*Inglaterra será la fábrica del mundo y América su granja*». Desde ese punto de vista, Rivadavia y sus epígonos —ya lo veríamos después de Caseros con Mitre— no tenían más remedio que llevar adelante su "organización". Ésta consistía esencialmente en la liquidación militar de los focos provinciales de resistencia, para limpiar el camino a la aniquilación de los elementos de la economía natural o de las industrias artesanales y domésticas. El poncho tejido en Glasgow no podía venderse en el interior sin arrasar los telares vernáculos. Para los ganaderos bonaerenses, en cambio, la organización nacional no constituía un asunto de vida o muerte, como en el caso de los agentes comerciales de Inglaterra en Buenos Aires, que forzosamente debían conquistar nuestro mercado interior. El mercado de los ganaderos estaba en Cuba y Estados Unidos. Sus vacas vagaban en las praderas bonaerenses, sus saladeros y sus curtiembres estaban radicados en la

5 Dice el inglés Parish: «*El Río de la Plata debe considerarse como el más rico mercado que se nos ha abierto desde la emancipación de las colonias españolas, si consideramos no sólo la cantidad de las manufacturas que aquel país consume, sino también las grandes cantidades de materias primas de retorno proveyendo a nuestros manufactureros de nuevos medios de producción y provecho. También ha resultado ventajoso para nuestros intereses marítimos el no tener los hijos del país buques mercantes de su propiedad, obteniendo nuestros buques la conducción de ida y vuelta*», cit. por Adolfo Dorfman, en *Historia de la industria argentina*, Escuela de Estudios Argentinos, Biblioteca Servir, Buenos Aires, 1942, p. 46. Por su parte, Alejandro Bunge señala que «*los tejidos británicos de algodón se difundieron luego de tal manera que en 1830 alcanzaban a 11 millones de yardas, con un valor de 325.000 libras esterlinas*». (V. Bunge, «Las relaciones económicas argentinas con Gran Bretaña durante un siglo», en *Revista de Economía Argentina*, año XIX, núm. 224, febrero de 1937, tomo XXXVI.)

provincia epónima: ¿a qué agitar tanto la cuestión del interior, a qué provocarlo, a qué hablar de Constitución Nacional?

En 1825 el valor de las importaciones inglesas en el Río de la Plata asciende a 8.000.000 de pesos fuertes. Pero el valor de las importaciones no refleja el aumento de su volumen físico, pues la revolución industrial inglesa en pleno desenvolvimiento hace bajar continuamente los precios de las manufacturas que exporta, barriendo a su paso las débiles industrias nacionales. En el período comprendido entre 1825 y 1850 el precio de los tejidos de algodón disminuye cuatro veces. Dice el inglés Parish que «*los precios módicos de las mercaderías inglesas les aseguran una general demanda y ellos se han hecho hoy artículos de primera necesidad de las clases bajas de Sudamérica*». Agrega Moussy que los algodones criollos prácticamente han desaparecido. Los célebres tejidos de Córdoba, que aventajaban por su calidad a los extranjeros, se extinguen. Y Dorfman:

La extracción de metales preciosos (sobre todo bajo la forma de plata metálica y acuñada) es grande: en 1822 alcanza la suma de 1.350.000 pesos fuertes; en 1829, de 710.000; en 1837, de 670.000 pesos. Las cantidades señaladas son muy considerables para el exhausto erario de la República, que nunca contó, tal como ya lo hicimos notar en otro pasaje, con abundancia de dinero. Esa sangría, que obedece a la necesidad de saldar el intercambio negativo con Europa, impide la acumulación y formación de capitales en América que podrían destinarse a la mejoría técnica de establecimientos fabriles o a otros usos reproductivos.⁶

Si los ganaderos tenían su mercado en el exterior y los comerciantes anglo-porteños en el interior, no existía ninguna fuerza económica que produjera y vendiese en el propio territorio argentino; vale decir, carecíamos de una burguesía industrial, y ahí residía toda la cuestión. Las industrias criollas eran demasiado primitivas e inconexas como para decidir la política económica nacional, y como por otra parte, el núcleo de poder estaba en Buenos Aires, eran incapaces por sí mismas de subordinar al interés argentino los recursos cuantiosos de la gran ciudad. Sin un elemento de centralización económica decisiva y sin un ejército nacional, las provincias aisladas sólo atinaban a rebeliones episódicas.

La política criminal de Rivadavia, que más tarde llevaría Mitre a la práctica con la ayuda de sus lugartenientes orientales y las bendiciones británicas, conducía inexorablemente a la guerra civil. Los riesgos de la provincia-metrópoli en un conflicto semejante eran incalculables. ¿No habría una fórmula hábil que permitiese a los apacentadores de vacas —ya arraigados, ya orgullosos de la bolsa y del nombre— la posesión de la Capital, la venta tranquila del tasajo y los cueros, las relaciones exteriores con las grandes potencias amigas? Quien diese con esa fórmula tendría el poder y la gloria.

El Restaurador comprendió que la única salida del caos era encontrar un modo de transacción con la política proteccionista de las provincias mediterráneas y un *status* con las provincias ganaderas del litoral, que, excepto Co-

6 Dorfman, ob. cit., p. 51.

rrientes, coincidían con el librecambismo bonaerense. Al mismo tiempo renunció a la intervención armada en el interior, dejando a los caudillos el control de las situaciones lugareñas. Reservándose a través de mil maniobras distintas el dominio completo de Buenos Aires y de su puerto, de sus rentas y del crédito público de ellas derivado, llamó federalismo a dicha estrategia.⁷

La descripción circunstanciada de todo este plan es uno de los más notables espectáculos que pueda apeteecer un interesado en la política argentina. Ella nos presentaría a un psicólogo de inteligencia penetrante en el manejo de la cosa pública, de los hombres y los acontecimientos. No estamos en presencia de un revolucionario jacobino como Moreno, ni de un jefe militar de la edad heroica, como San Martín, ni de un hombre como Rivadavia, atsigado de modas francesas y de textos constitucionales mal traducidos. Con Rosas aparece el primer ejemplar argentino del político estanciero.

Personaje predilecto de nuestra literatura histórica, Rosas ha sido objeto de una caudalosa bibliografía. La escuela liberal y la escuela revisionista han proporcionado a los estudiosos una enorme masa de documentos. Pero como ocurre siempre en historia, la selección de los textos es una operación política o, dicho de un modo más prudente, de método interpretativo.

Producto de la actividad práctica de los hombres, la historia puede ser descifrada por los hombres. Antes que Marx, ya lo había observado Vico; pero los hombres que hacen libremente la historia, se desenvuelven en ella bajo condiciones que heredan. Y esta interacción entre la libertad y la necesidad, entre la voluntad y la ley, entre el pasado y el presente está impregnada por los intereses de clase que determinan no sólo a los héroes históricos sino también a sus cronistas y escoliastas. Por eso resulta tan vana la pretensión de una historia científica que ignore la trama económica de la sociedad y la superestructura política, cultural y jurídica que sobre aquélla reposa. Revisionistas y liberales han concluido por magnificar la estatura histórica de Rosas en su negativa común a examinar las bases sociales y regionales del personaje. Y su propia clase social —la ganadera bonaerense— lo traicionó al concluir su ciclo, abandonándolo a su suerte y lapidando históricamente a su más grande político.⁸

Los intereses políticos y económicos de su época se han traducido a la nuestra bajo nuevas formas. Esos intereses presionan para desfigurar a Rosas y establecer ante los contemporáneos una opción extorsiva: tirano sangriento o patriota insigne. Simplificaciones de este género ocultan al espectador el cuadro íntimo de la época que se intenta revelar.

7 «Desde ese día data la política de un partido localista de Buenos Aires, empeñado en mantener el bloqueo de las provincias por medio de la conservación del régimen colonial de navegación interior porque de ese modo no se arrebatara a Buenos Aires el monopolio del comercio de los pueblos mediterráneos, y la recaudación y empleo de la renta nacional» (Olegario V. Andrade, *Las dos políticas*, Devenir, Buenos Aires, 1957, p. 54).

8 Juan Bautista Alberdi, *Escritos póstumos*, Francisco Cruz, Buenos Aires, 1901, tomo XVI: «de oír decir (a Rosas) que Anchorena, al acercarse Urquiza a Buenos Aires, le dijo que si triunfaba Urquiza "no le quedaba más remedio que agarrarse de los faldones de la casaca de Urquiza y correr su suerte aunque fuese al infierno", y que en seguida lo abandonó. Recordó que toda su fortuna la había hecho bajo su influencia».

Primo de los Anchorena, nacido en el riñón mismo de los grandes ganaderos bonaerenses, con su personalidad formada en el medio rural, se hizo "gaucho" por sus destrezas en las mil artes del jinete y por su astucia pampa. Rubio, esbelto, de un perfil cesáreo, frío, de una frialdad razonante, esta mezcla de gaucho y de patricio subió al poder en brazos de orilleros, aristócratas y negros: «*los compadritos lo elevaron*», diría Sarmiento. El indiscutible prestigio de Rosas en la campaña no ha sido desmentido jamás.

Recordemos que la ley de vagancia de 1815, dictada por los intereses ganaderos, ponía fuera de la ley al viejo gaucho nómada que no acreditase su condición de propietario. La modificación técnica y económica de la ganadería no sólo comercializa el cuero sino que obliga a industrializar la carne. Este proceso pone precio al producto y convierte el carneo libre en delito.

El gaucho debe optar entre ser enviado a la frontera cinco años para pelear al indio, o ingresar en la órbita de un gran estanciero. Rosas los protegió de las persecuciones desatadas por la ley de vagancia; a gran parte de ellos los transformó en peones de sus estancias, incorporándolos a un orden económico cristalizado. A la mayoría, más chúcaro, la organizó en legiones militares, empleándolas indistintamente contra los indios o en las discusiones civiles. Ofreció así un oficio permanente a los que no tenían ninguno, y que por la expansión del sistema ganadero y de la propiedad de la tierra habían perdido el derecho de carnear sin trabas en la pampa. Las montoneras provincianas que hicieron la guerra de guerrillas a los ejércitos de línea unitarios, aún después de Caseros, no existieron en la provincia de Buenos Aires; en esta provincia los gauchos estaban organizados en los destacamentos disciplinados de Rosas.

Jefe militar de la campaña, protector de gauchos en desgracia, diplomático sagaz con la indiada, el prestigio rural de Rosas era inmenso cuando subió al poder, y lo sobrevivió. Por otra parte, la esencia de su política sería defender los intereses globales de la provincia de Buenos Aires, frente a los "trece ranchos". En tal sentido puede afirmarse que contó con el apoyo unánime de todas las fuerzas bonaerenses: del pueblo rural, por gaucho; de los artesanos urbanos, por proteccionista; de los estancieros, por ser uno de los suyos. A la burguesía comercial la dejó enriquecer, al mantener el monopolio del puerto, pero la apartó de la política sin miramientos.

Rosas y el capitalismo agrario

Juan Manuel de Rosas fue la primera expresión capitalista en la Argentina. Se trataba de un capitalismo agrario, ligado a la producción de cuero para la industria europea y de carne exportable destinada a ser consumida por los esclavos del Brasil, los Estados Unidos y las Antillas. Ésta fue la primera industria aparecida en la provincia de Buenos Aires, organizada de manera capitalista. Los métodos técnicos más avanzados de su época fueron puestos en práctica. Dicha actividad económica encontraba su origen en las remotas vaquerías, nacidas de las condiciones climáticas y geográficas del territorio bañado por el Río de la Plata. Las exigencias del mercado exterior le impedirían gran desarrollo.

La sobreabundancia de ganado, cuya producción cíclica vegetativa constituía la admiración de los viajeros, fue el punto de partida para la formación de las grandes fortunas terratenientes de este país. A la cabeza de esta nueva clase social se encontraba el grupo formado por Rosas, sus primos de la familia Anchorena, y su socio Terrero. Este núcleo organizó saladeros con el fin de emanciparse de la tutela excesiva de los compradores británicos de cueros y sebo. Intentábase aprovechar así la carne, que en esa época constituía un simple producto derivado. Persiguiendo el mismo propósito de independizarse del transporte británico, el grupo de saladeristas organizó su propia flota, compuesta de goletas y sumacas que viajaban al sur en busca de sal, y luego llevaban tasajo a la Banda Oriental y al Brasil. «*Es sugerente que éste no fuera embarcado sino por excepción en buques ingleses, debiendo realizar la casi totalidad del transporte en los pequeños barcos nacionales o en los navíos portugueses, holandeses o norteamericanos*», dice José María Rosa.⁹

Los saladeristas alcanzaron un peso político notable. Esto ocurrió después de una reñida lucha con algunos sectores de la burguesía comercial porteña, integrados especialmente por comerciantes británicos. Dichos grupos propugnaban el cierre de los saladeros bajo el pretexto del "encarecimiento de la carne". Su objeto era, en realidad, impedir la industrialización del animal, que otorgaba a los ganaderos una mayor capacidad de maniobra frente a los ingleses y a su monopolio comprador.

En su calidad de capitalista —el más grande de su tiempo—, Rosas fue en tal sentido un hombre de progreso, si se lo compara, con esa "aristocracia mercantil" porteña interesada en las transacciones comerciales divorciadas de la producción misma. Rosas estaba directamente ligado a la pampa, a la fábrica de vacas, al cuero y al tasajo: capitán de empresa en un vasto y desolado país, el presunto "feudalismo" que le atribuyen desde Ingenieros hasta los comunistas rivadavianos, no resiste el análisis.¹⁰

Los miembros de la burguesía comercial de Buenos Aires eran los "refinados" europeizantes, embriagados por las luces del Viejo Mundo y aislados no sólo de la vida real de la campaña bonaerense, sino también del conjunto de las provincias interiores. Estas diferencias funcionales entre los ganaderos y los comerciantes se expresaban en el orden de la ideología, de los partidos y de la psicología de sus políticos representativos.

Cuando se juzga el "criollismo" de Rosas, preténdese frecuentemente explicarlo como una "táctica" del caudillo, evidenciada en su confidencia famosa a Santiago Vázquez, algo así como el discurso de Perón en la Bolsa de Comercio en 1944. En realidad, el secreto de este criollismo o "gauchismo" no se reduce a aquella explicación. Trátase al mismo tiempo del reconocimiento de un hecho real: los ganaderos bonaerenses no eran sólo los primeros agentes del capitalismo agrario desarrollado por obra de la complementa-

⁹ Rosa, ob. cit., p. 62.

¹⁰ Ingenieros, ob. cit., tomo III, p. 63. En relación al stalinismo mitrista, véase el trabajo de Juan José Real en *Revista de Historia*, Buenos Aires, 1957, núm. 2, p. 63, bajo el título "Notas sobre caudillos y montoneras".

ción económica entre nuestra pampa y los mercados exteriores. Aunque no descendían de los soldados de la Conquista sino de la inmigración española del siglo XVIII, eran productores directos de una mercancía arraigada a la tierra, de ahí sus costumbres vernáculas y su original psicología. Sin duda, Rosas era infinitamente más "criollo" que esos tenderos, contrabandistas y comerciantes de Buenos Aires. Extasiados por las novedades ultramarinas, los hijos de estos últimos estudiaban en Europa. A su regreso soñaban con implantar en nuestras llanuras una sociedad que retratara en pequeño aquel universo luminoso y civilizado.

Pero la crisis del Imperio español nos había dejado sin la posibilidad de un desarrollo industrial independiente. La región pampeana predominó sobre las otras. Sus vacas sellaron nuestro destino de territorio periférico del "taller industrial europeo". En esa situación era imposible una política nacional definida y coherente. No existía en las Provincias Unidas una fuerza que nucleara a su alrededor a todo el país en la lucha por un mercado interior único, por un desarrollo industrial moderno y por la creación de una nación unificada e independiente.

La única base auténticamente nacional estaba constituida por nuestras provincias mediterráneas, que careciendo de artículos exportables sólo podían desarrollar su economía mediante una política de índole nacionalista, es decir, proteccionista. Pero estas provincias, que levantaron sus armas contra la absorbente Buenos Aires, y que se expresaron en la tacuara de Facundo, carecían de la fuerza suficiente para resistir el gran movimiento de pinzas que la historia tendió alrededor de su cuello: el litoral exportador, pariente pobre de Buenos Aires, y como Buenos Aires, librecambista, se alió casi constantemente con la provincia-metrópoli para traicionarlas. En esta alianza reposó permanentemente la política de Rosas.¹¹

Al fin y al cabo, Facundo fue asesinado por agentes de Reinafé, lugarteniente de Estanislao López, patriarca de la Federación y gobernador de Santa Fe. López había cambiado hacía años los derechos de la primogenitura por 25.000 vacas; el autor del soborno había sido el joven Rosas, que se iniciaba en la política argentina amansando con ricos presentes al más fuerte de los caudillos litorales. Se trataba del mismo Estanislao López que había traicionado y degollado a su compadre Ramírez, mientras ambos traicionaban a Artigas, de acuerdo con Buenos Aires. Así habíamos venido a parar del Protector de los pueblos libres al Restaurador del privilegio monárquico de una gran provincia. De Artigas, que sólo luchaba por una Patria grande, a Rosas, que ni siquiera quería organizar una nación pequeña.

11 Burgin, ob. cit., p. 166: «Había una cosa evidente: que Buenos Aires no tenía nada que ofrecer salvo servicios de intermediarios, los cuales con un régimen proteccionista serían en gran parte innecesarios. El porvenir económico de Buenos Aires dependía por lo tanto, más bien del fortalecimiento de sus relaciones comerciales con Europa que de la expansión de las provincias del interior. La adopción de una política de protección, como la que pedía el interior, presentaba para Buenos Aires la perspectiva de restablecer las condiciones que regían antes de la revolución. Por lo tanto, a Buenos Aires no le quedaba otra alternativa que la de mantener abierto el puerto».

El interior, foco de nacionalismo genuino, quedó aislado en virtud de la alianza entre el litoral exportador y la opulenta Buenos Aires.

Los tres sectores de la economía argentina

¿Cuáles eran los sectores fundamentales del país cuando Rosas llegó al poder? Tenemos en primer lugar a las provincias mediterráneas: su debilidad económica era incontestable. En cuanto a las provincias litorales, su producción ganadera era similar a la de la pampa bonaerense; pero les faltaba el puerto y la Aduana, y tendían en consecuencia, a una política de compromiso crónico con los ricos librecambistas porteños. No quedaba sino el frente de Buenos Aires, y dentro de él, sus dos fuerzas fundamentales: los ganaderos de la provincia y los comerciantes e importadores de la ciudad.

Rosas tomó el poder en nombre de los ganaderos y creó un equilibrio que, por inestable que fuese, duró casi veinte años. Para mantenerse en él debió doblegar la resistencia de la burguesía comercial porteña. Le permitió que ganara dinero, aunque le quitó toda participación política en los asuntos públicos. Subvencionó a los caudillos, los enfrentó entre sí, los corrompió, o los aniquiló en una paciente labor de décadas. Para su clase conservó el control de la Aduana, patrimonio de todos los argentinos. En esto último coincidía con los unitarios y la burguesía comercial porteña.

Al mismo tiempo, el sistema político de Rosas se veía obligado a defender en escala nacional al conjunto de la Confederación, frente a las amenazas y bloqueos organizados por las potencias europeas colonialistas, en alianza con la emigración unitaria. Las tentativas de Florencio Varela ante las cortes europeas para obtener el reconocimiento de un nuevo Estado que estaría formado por Entre Ríos y Corrientes, simbolizaron la sistemática política unitaria de balcanizar el viejo territorio argentino. A falta de una burguesía industrial con visión nacional de nuestros problemas, los ganaderos ocuparon ese lugar dominante y su jefe los defendió, primero a ellos, luego a su provincia y en último análisis al país. Rosas encarnó un nacionalismo defensivo, restringido, bonaerense, insuficiente sin duda, pero el único posible para la clase estanciera bonaerense.

No caeremos en la simpleza de explicar la política y la personalidad de Rosas apelando únicamente a sus fundamentos económicos de clase. En la vida política de Rosas, en sus actitudes de altivez o desprecio por las intrigas del capital extranjero y sus lacayos unitarios, se encierra parte del espíritu nacional, que los ganaderos del siglo pasado encarnaban en alto grado. Este "espíritu", del mismo modo que las "ideas", actúa como un factor derivado pero independiente en el proceso histórico del que es, en muchas ocasiones, agente activo y fundamental. Dicho "nacionalismo bonaerense" defensivo reconoce diversas causas: propiedad de los medios de producción, tradición española, vinculación estrecha a la pampa, relación con el extranjero en condición de socio menor, no de mero instrumento.

Tales elementos sociales y psicológicos de los ganaderos en tiempos de Rosas, se combinaban con un porteñismo exclusivista y un acentuado odio oligárquico frente a las provincias. Esto último ha predominado histórica-

mente sobre aquel "nacionalismo defensivo". En una carta a Rosas, su primo y mentor Tomás de Anchorena, le decía el 4 de diciembre de 1846:

En 1814 en el común del pueblo (del interior) más que odio a Buenos Aires había espíritu de desunión en cada pueblo respecto de los demás, un egoísmo el más completo para no contribuir a la guerra y sostén de nuestra independencia, que todas, todas querían se hiciese en contra de Buenos Aires y el efecto era que todos pedían congreso general, que también debía costearlo sólo Buenos Aires porque él sólo era o debía ser, como dijo un diputado en el Congreso de Tucumán que creo fue el doctor Aráoz, la vaca lechera de toda la república, entretanto que otro diputado cuico de Chuquisaca dijo en Congreso, que era un andrajoso sucio con el que ningún pueblo se quería vestir. Entonces el que un porteño hablase de federación era un crimen. A mí me miraban algunos diputados, cuicos y provincianos con gran prevención, porque algunas veces les llegué a indicar que sería el partido que tendría al fin que tomar Buenos Aires para preservarse de las funestas consecuencias a que lo exponía esa enemistad que manifestaban contra él.¹²

El amable Anchorena llamaba "cuicos", o sea, monos, a los diputados aindiados, o sea, criollos.

La profunda desfiguración que los vencedores de Caseros imprimieron a nuestra historia hizo de Rosas un monstruo ávido de sangre y sediento de exterminio. Contemporáneamente, la influencia imperialista en la cultura argentina aniquiló toda posibilidad de examinar nuestro pasado desde un punto de vista nacional. Digamos de paso, que las palabras "nacional" o "nacionalismo" han llegado a ser execradas por el intelectual cipayo, que influye en el pequeño burgués de Buenos Aires, de manera hasta hoy decisiva. La sola mención de Rosas exalta sus sentimientos dramáticos. El imperialismo se ha cuidado de mantener despierto el odio a esa figura, en la medida en que encarnó en muchos momentos de hace cien años la voluntad de resistencia nacional a las potencias extranjeras. El "rosismo", por su parte, ha pretendido ennoblecer la significación de Rosas. Así se lo transforma en un patriota beato y duro, para emplearlo en las luchas políticas del presente. Es aquí donde se impone diferenciar de una manera tajante a Rosas como criatura histórica del pasado argentino, que exige un análisis objetivo del "rosismo", en tanto es un movimiento ideológico con implicaciones políticas actuales.¹³

La Ley de Aduanas y la ausencia de una política dinámica

La inauguración de la política librecambista en Buenos Aires no pertenece al año 10, sino al año 11; no a Moreno, sino a Rivadavia, importador y

12 Enrique M. Barba, "Orígenes y crisis del federalismo argentino", en *Revista de Historia*, Buenos Aires, 1957, núm. 2, p. 4.

13 En el capítulo consagrado a estudiar la "década infame" (1930 - 1943), dedicaremos un intermedio a la evaluación del "rosismo" como tendencia política. (V. el tomo IV de esta obra.)

El autor se refiere a su obra *El sexto dominio* (retitulada luego *La factoría pampeana*), título del tomo IV de *Revolución y contrarrevolución...* ob. cit. Próximamente, Peña Lillo / Continente editará el tomo II, *Del patriciado a la oligarquía (1862 - 1904)*. [N. de E.]

eminencia gris de los triunviros. El segundo gobierno de Rosas, iniciado en 1835, imprime un profundo viraje a la estrategia bonaerense frente al interior nacionalista. No había otra salida, por otra parte, si es que los hacendados de Buenos Aires querían evitar una nueva oleada de caudillos y montoneros sobre la orgullosa ciudad.

Como Rosas expresaba en cierto modo una tendencia nacional —sobre todo en relación con el unitarismo ciego y colonialista—, el odio faccioso ha llegado a negar, en nuestros días, la función desempeñada por la Ley de Aduanas de 1835. Por ignorancia pura y por un sospechoso antirrosismo, argúyese que dicha ley —dictada por Rosas y que siendo forzosamente emanada de la Legislatura bonaerense tenía, sin embargo, alcances nacionales— no beneficiaba sino a los artesanos de la provincia de Buenos Aires, descuidando el florecimiento de las industrias artesanales del interior.

Recaemos aquí en uno de esos casos de "antirrosismo" cipayo, tanto o más pernicioso que el "rosismo" idolátrico del nacionalismo clerical. La verdad es que la mencionada Ley de Aduanas expresa uno de los más interesantes aspectos de la política rosista.

Rosas comprendió —escribe Juan Álvarez— que no era posible limitar a los estancieros la protección oficial y en su mensaje de 1835 hizo público que la nueva Ley de Aduana tenía por objeto amparar la agricultura y la industria fabril, porque la clase media del país, por falta de capitales no podía dedicarse a la ganadería, en tanto que la concurrencia del producto extranjero le cerraba los restantes caminos. Coinciden a esta política los aplausos de las provincias del interior cuyos gobiernos volvieron a confiar al de Buenos Aires, la dirección de la guerra y las relaciones exteriores de la Confederación, conservando para sí las aduanas mediterráneas, garantía del ultraproteccionismo local. Conservose de tal modo —observa el mismo autor en otra parte de su trabajo— un mercado interno para los vinos, los aguardientes, los tejidos y los cueros manufacturados por las fábricas criollas.¹⁴

¿A qué aplausos se refiere Álvarez? Que la política manifestada por la Ley de Aduanas no giraba en el vacío lo corrobora precisamente el apoyo unánime de las provincias mediterráneas. Un año más tarde de aprobarse dicha ley, la Legislatura de Salta aprobaba otra de homenaje a Rosas. Afirmábase en uno de sus considerandos que la Ley de Aduanas

expedida en la provincia de su mando consulta muy principalmente el fomento de la industria territorial de las del interior de la República; que el comercio interior es por ella descargado de su peso considerable, a que será consiguiente su fomento y prosperidad (...) Que ningún gobierno de los que han precedido al actual de Buenos Aires, ni nacional ni provincial, han contraído su atención a consideración tan benéfica y útil a las provincias del interior.

En el mismo sentido se manifestaba la provincia de Tucumán, que en una ley similar aludía a la reglamentación aduanera de Rosas que «ha destruido el erróneo sistema económico que había hundido a la República en la

14 Álvarez, ob. cit., p. 91.

*miseria, anonadado a la agricultura y a la industria», etc. Igualmente alababa la provincia de Catamarca la mencionada ley, que «refluye poderosa-mente en el aumento de la industria territorial».*¹⁵

Hasta la sanción de la ley aduanera, la industria territorial argentina había estado bajo la amenaza del liberalismo económico vigente en los gobiernos porteños desde 1811. No sólo se estrangulaba al interior nacional por el monopolio del puerto y de la Aduana, sino por las tentativas unitarias constantes de inundar el interior con las mercaderías extranjeras, privando a las poblaciones criollas de sus recursos tradicionales de subsistencia. El estímulo otorgado por esta Ley de Aduanas, que la mayor parte de nuestros historiadores pretende ignorar, produjo una reanimación de nuestra industria artesanal.¹⁶

Fue perceptible el mejoramiento de las condiciones de vida de gran parte del pueblo argentino. Hasta Caseros, navegaban por nuestros ríos goletas y barcos de fabricación nacional, construidos en los astilleros de Corrientes o Santa Fe. Una personalidad insospechable de "rosismo" o de "federalismo", el doctor Vicente Fidel López, ha dejado un claro testimonio sobre el tema. López, que al día siguiente de Caseros abrazó la causa nacional frente al mitrismo porteño, localista y escisionista, fue uno de los primeros argentinos de su generación que se lanzó a batallar en defensa de la industria. En un debate de la Cámara de Diputados en 1873, decía López con nostalgia:

Residía yo en 1840, en Córdoba. Y lleno de gusto de ver los tejidos de lana que allí se hacían, me he vestido perfectamente bien, hasta con elegancia, con las telas que mandaba hacer a mi gusto a las gentes del pueblito. Estoy informado que hoy, ya no se puede hacer esto.¹⁷

La ley a que hacemos referencia prohibía la importación de ponchos, ceñidores, flecos, ligas y fajas de algodón o lana, jergas, jergones, y sobrepeliones para caballos. La tarifa protectora también incluía la prohibición de importar velas de sebo, peines y peinetas de carey, artículos de hueso, etc. Se protegía el cultivo del tabaco y se gravaban fuertemente los sucedáneos del mate (café, cacao, té). En el ramo de la herrería se establecían prohibiciones aduaneras semejantes: la platería, la lomillería y la talabartería eran igualmente amparadas, de la misma manera que se restringió la importación de carruajes y de ruedas, los artículos de zapatería y los productos agrícolas que se producían en el país.

En cuanto a las exportaciones, las distinciones fiscales eran precisas. A las exportaciones en general se les aplicaba una tasa del 4%, únicamente con fines

15 Rosa, ob. cit., p. 133.

16 Hecha esta concesión, transitoria por lo demás, Rosas pudo consagrarse al progreso de su provincia. «Los federales porteños no repitieron el error de sus adversarios. Proclamaron el principio de la autonomía económica y política de las provincias; negaron que tuvieran la intención de intervenir en los asuntos internos de las demás provincias, pero al mismo tiempo insistieron en reclamar la más completa libertad para organizar el destino económico de Buenos Aires. Este destino residía en la ininterrumpida prosperidad de la industria pastoril, y nadie lo entendió mejor que Rosas» (Burgin, ob. cit., p. 317).

17 López, Diario de Sesiones del 27 de junio de 1873, p. 261 y ss.

rentísticos. A los cueros, en cambio, requeridos por la industria extranjera, se les cobraba por su exportación un impuesto equivalente al 25% de su valor. Los productos bonaerenses enviados al interior eran librados de todo gravamen.¹⁸

La carne salada que era transportada en buques argentinos estaba exenta de derechos de exportación, como se hacía con la lana y el carbón de Santa Fe y de Corrientes. Con el objeto de favorecer el comercio de las provincias interiores argentinas con Chile, los productos chilenos que llegaban por tierra no pagaban derecho alguno. Es frecuente observar en los historiadores oficiales una completa prescindencia en cuanto a las circunstancias técnicas del régimen de Rosas. Se olvida maliciosamente que la primera máquina de vapor —la del molino de San Francisco— fue establecida en 1846. Ya Martín de Moussy, el famoso viajero, anotaba que Buenos Aires «consume los artículos manufacturados en su capital, que es un gran taller industrial».¹⁹

Es en esa época que se introducen los primeros vacunos Shorton, comienza el alambrado de los campos y adquiere caracteres nítidamente capitalistas la producción pecuaria. A la caída de Rosas existían en Buenos Aires 106 fábricas, entre ellas fundiciones, molinos de viento, de jabones, de licores, de cerveza, de pianos, de carruajes, carpinterías, ferreterías, talabarterías, lomillerías, mueblerías, etcétera.

Todos los viajeros de la época coinciden en señalar la excelencia de los tejidos y zapatos elaborados en Córdoba y Tucumán. Las pieles de cabra curtidas en Córdoba eran exportadas por su calidad a Francia. Este último país debió prohibir su importación para proteger sus industrias locales. La ebanistería tucumana exportaba a Chile, Bolivia y Perú. En ese tiempo adquiere volumen el cultivo industrial de la caña de azúcar, que abastecía a las provincias de Santiago del Estero, Catamarca y Salta. Lo mismo puede decirse de los cigarros, las suelas y demás artesanías salteñas. Catamarca abastecía a su vez a las provincias hermanas con algodón, que llegó a ser famoso por su calidad.

Las tejedurías domésticas puntanas tenían también un mercado de consumo en Mendoza y otras provincias. En 1850 los viñedos mendocinos llegaban a abarcar más de 500 hectáreas y los vinos y aguardientes sanjuaninos eran conocidos en los mercados de todo el país.

18 H. S. Ferns, *Britain and Argentina in the Nineteenth Century*, Oxford Press, Londres, 1960, p. 251 y ss.

Este autor escribe: «Cuando Rosas se embarcó en una política proteccionista en 1835 con el objeto de conciliar los pequeños intereses comerciales de las provincias del interior, el gobierno británico no hizo objeción. Informando sobre las nuevas tarifas de 1835, el coronel inglés Griffiths en verdad pudo encontrarlas buenas como medio de estimular a la industria local y las empresas agrícolas».

Las noticias de la ampliación de las tarifas, incrementadas en 1837, en Buenos Aires, no fueron recibidas con calma en el Foreign Office. Palmerston dijo al gobierno británico que él no había «reclamado el derecho de objetar formalmente, pero deseaba informar al Gobierno de Buenos Aires sobre las virtudes del libre comercio y la locura de las altas tarifas, y señalar los perniciosos efectos sobre el comercio de ese país que seguramente resultarían de tales medidas».

19 Martín de Moussy, *Description of the Confederation Argentine*, cit. por Rosa, ob. cit., p. 127.